



CRÓNICAS DE
ENCIERRO

Crónicas de encierro / Autores Varios ... [et al.]. - 1a ed. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-34-2200-7

1. Crónicas. I. Autores Varios.

CDD 302.24

Autoridades

Decana

Ayelen Sidun

Vicedecano

Carlos Ciappina

Jefa de Gabinete

Antonela Zaffora

Secretaria de Decanato

Gisela Sasso

Secretario de Asuntos Académicos

Martín González Frigoli

Secretario de Investigaciones Científicas

Leonardo González

Secretaria de Posgrado

María Elisa Ghea

Secretario de Extensión

Ezequiel Bustos

Secretario Administrativo

Federico Varela

Secretario de Finanzas

Facundo Ochoa

Secretario de Derechos Humanos

Jorge Jaunarena

Secretaria de Género

Gabriela Chaparro

Secretario de Producción y Vinculación Tecnológica

Pablo Miguel Blesa

Director de la Editorial

Ulises Cremonte

Prólogo

Palabras liberadas

“...el deseo de pensar, la curiosidad, la exigencia poética o la necesidad de relatos, no son patrimonio de ningún grupo social. Y cada uno de nosotros tiene derechos culturales: el derecho al saber, pero también el derecho al imaginario, el derecho de apropiarse de bienes culturales que contribuyen, en cada edad de la vida, a la construcción o al descubrimiento de sí mismo, a la apertura hacia el otro, al ejercicio de la fantasía – sin la cual no hay pensamiento-, a la elaboración del espíritu crítico. “

(Michel Petit, 2001)

Este libro compila perfiles y crónicas narrativas realizadas por alumnos en situación de encierro de la Unidad N° 9 de La Plata, del Taller de Escritura Creativa que se dicta en el Ciclo Superior de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de UNLP. Esta experiencia reúne producciones realizadas en el año 2021 de cursada virtual debido a la pandemia, y las del 2022 de cursada presencial.

Destacamos la importancia del proceso de lectura/escritura, dos momentos que se retroalimentan, para permitirnos imaginar otros mundos posibles y reflexionar sobre lo que nos rodea con una mirada extrañada, provocando nuevos sentidos y abriendo preguntas.

En algunas de las crónicas y perfiles se podrá observar el trabajo etnográfico sobre la cotidianidad de la cárcel, el trabajo de inmersión y desnaturalización del entorno, las relaciones interpersonales de lucha de poder, las estigmatizaciones, el esfuerzo por estudiar y mejorar, así como también relatos que muestran la dificultad de la reinserción social.

¿Desde dónde hablar? ¿Para qué? ¿Desde el encierro? Sí, tal vez, en algunos casos. Otros propusieron no escribir sobre el entorno carcelario y buscaron temas fuera de los muros.

El contexto de pandemia había permitido el uso de celulares por parte de los estudiantes. Eso fue una ventaja. Tenían la firme convicción de trabajar desde la memoria, buscando evadir el encierro a través de la escritura, al menos por un tiempo. Escribir crónica es hacer memoria, componerla, ordenarla para intentar entender, aunque esté llena de frustraciones o de sombras que se presenten como recuerdos engañosos. La crónica es tiempo y narrativa, forma, pero también un intento de contener un momento histórico, personal y social (contener y contenernos) en un texto que perdure y trascienda las épocas.

Por eso, encontrarán textos sobre arquitectura, proyectos educativos integra-

dores, reflexiones sobre la evolución de la pandemia en el mundo, la importancia de la vacunación para combatir el virus, relatos que muestran las difíciles realidades del conurbano bonaerense y la criminalización de la pobreza. En estos trabajos fue importante encontrar el equilibrio entre la información y la narración, pero sobre todo, dándole voz a lo identitario, lo propio. Estas crónicas abarcan una diversidad de temas, tonos, ritmos y polifonías que dan cuenta de los contextos de sus autores y las condiciones de producción.

La investigadora Virginia Rioseco Perry, plantea que los cronistas pueden constituir un verdadero cuadro de los tiempos, mostrando el asombro y la singularidad de las historias. Porque quien observa es testigo y puede mostrar su experiencia dando cuenta de la complejidad de su tiempo. La crónica permite un abordaje amplio que posee libertad y al mismo tiempo es un registro que lucha contra el olvido y muestra detalladamente el espacio donde se produjeron los hechos. Es un relato donde lo individual y colectivo están constantemente en diálogo. (Rioseco Perry, 2008)

Tanto la crónica como el perfil, son géneros periodísticos híbridos que permiten explorar las herramientas ficcionales y no ficcionales para pensar emergentes sociales y culturales contemporáneos. Escribir en clave de periodismo narrativo es una búsqueda y un encuentro con otrx y con unx mismx, o al menos el intento de eso. Lo valioso, en definitiva, es ese tránsito, ese transcurrir de descubrimientos (redescubrirse) para pensar/se en una escritura y lectura sostenida.

Escribir crónica es también darle forma al mundo que nos rodea, es esa búsqueda -casi siempre inútil- de intentar comprenderlo y ofrecerlo: hallar un enfoque con una mirada propia, crítica, descender de los grandes temas por la escalera de abstracciones para acercarnos de a poco a una historia concreta que da cuenta de la complejidad de ese mundo. Y no hay otra forma para este ejercicio que escribir y reescribir continuamente, hasta decir basta.

En ese sentido, es importante dar visibilidad a estos relatos para romper representaciones denotativas, estereotipos, que obturan la mirada, reproducen y acrecientan las exclusiones sociales. Revalorizamos la importancia de democratizar la educación como lo viene haciendo la Facultad de Periodismo y Comunicación Social desde hace años, y sostenemos que promover estos espacios de enseñanza/aprendizaje facilita el pensamiento crítico, reconociendo los bagajes culturales que traemos desde la infancia como un valor simbólico del cual partimos para poder liberar la palabra.

“La educación acá me cambió la vida y quiero escribir eso”, nos dijo un estudiante. En esa frase hubo un encuentro y un énfasis inequívoco: la educación pública como la crónica es política y, sostenerla en contextos de encierro, es militancia. En ambos casos, buscan problematizar y transformar el mundo en el que vivimos y, para eso, necesitamos conocerlo en sus complejidades, muchas de las cuales fueron silenciadas, invisibilizadas, ignoradas.

Estas crónicas y perfiles dan cuenta de un modo de ver y pensar el trabajo periodístico, pero sobre todo, son relatos que buscan sacar de los silencios las voces encarceladas para seguir construyendo sentido de forma colectiva.

Corpus de crónicas de alumnos en contextos de encierro – Ciclo lectivo 2021:

Claudio Pereyra, Pablo Federico Verón Visconti, Hugo Avilés, Carlos Smith, Daniel Monzón, Roberto Damián Sosa, Alejandro Pagliuca, Claudio Ortiz, Claudio, Rubén Pereyra Cabrera

Corpus de crónicas de alumnos en contextos de encierro – Ciclo lectivo 2022:

Nelson Leuzzi, Ezequiel Vivas, Cristian Ferraro, Cristian Saavedra, José Arias

Profesores/as:

Barrera Yamila, Armentía Alejandro, Rodríguez Borrego Rut Analía

“Palacio Barolo”. Donde conviven arquitectura, historia, literatura y turismo.

Por Claudio A. Pagliuca

Los edificios, o mejor dicho las construcciones en general, despertaron mi atención desde muy chico. Tuve la fortuna de haber viajado bastante desde niño, y eso inevitablemente, lleva a conocer esas edificaciones emblemáticas de la historia. Así aprendí a reconocer y a distinguir la arquitectura gótica de la bizantina, el rococó del ecléctico, el clásico del neoclásico y la lista podría ser más extensa.

La ciudad de Buenos Aires, no es la excepción, los variados tipos de construcciones invitan a soñar a que uno puede estar caminando por la Gran Vía de Madrid cuando lo hace por la Avenida de Mayo, o por Champs Elisé cuando en realidad está en la Avenida Alvear. Es una bella sensación poder admirar lo que sucede en la ciudad cuando se experimenta mirar hacia arriba, y descubrir los frentes y fachadas de los edificios, con sus trabajos artísticos en dinteles, frisos y gárgolas. Las cúpulas y los misterios que esconden, y por supuesto sus historias. Porque toda construcción la tiene.

Hay un edificio bellísimo en Buenos Aires, que no muchos conocen, cargado con mucha historia, y que por lo general pasa inadvertido, tal vez por la vorágine en la que se vive en las grandes urbes, otro poco por desinterés. Es muy triste cuando uno de estos monumentos se derriba para dar paso al progreso con sus mega emprendimientos inmobiliarios. En ese momento, un poco por añoranzas, otro poco por culpa, surge la necesidad de querer detener las obras. Casi siempre ya es tarde. Por lo general somos bastantes ingratos con estas cosas.

Se trata del Palacio Barolo, que se encuentra en la Avenida de Mayo 1370, en el barrio de Monserrat. La primera vez que oí hablar de él, fue durante una excursión que hicimos con la escuela primaria. Estaba en sexto grado, y es muy curioso que de todos los lugares visitados, éste acaparó mi atención. Aún me resuenan las palabras del historiador que nos acompañó en ese viaje, brindándonos detalles de los sitios donde nos detenemos. La voz aflautada de aquel hombre bajito con abdomen prominente, viene a mi mente como aquel día que decía: “Este edificio fue construido por pedido del empresario agropecuario y textil, de origen italiano, Luis Barolo. La obra fue encomendada al arquitecto, también italiano, Mario Palanti. Los trabajos comenzaron en 1919, y se inauguró en 1923. Con sus 100 metros de altura fue el edificio más alto de Sudamérica hasta 1930, y el más alto de Argentina hasta 1935, fecha en que se inauguró el Edificio Kavanagh. En lo más alto de la torre cuenta con un faro”. La historia que nos narró el historiador José Corso sobre el faro, la había olvidado, pero un día, por obra del destino, llegó a mis manos a través de un libro. “Días de Radio” de Carlos Ulanovsky, que me la volvía a recordar para siempre.

El faro del Barolo, servía de guía a los barcos que se acercaban a Buenos Aires, pero el 14 de septiembre de 1928, se utilizó para transmitir una pelea de boxeo. Eran tiempos en que la radio galena era un lujo al que pocos podían acceder. Por esto, para ese combate entre el argentino Luis Ángel Firpo y el norteamericano Jack Dempsey, por el título mundial de los pesos pesados, en la ciudad de Nueva York, se decidió dar aviso del resultado del combate a través del faro. ¿Cómo? Muy simple. Si ganaba Firpo, destellaba sus bocanadas de luz blanca, en cambio, si el ganador era Dempsey, lo haría con un haz de luz roja.

Media ciudad se agolpaba a los pies del Barolo, y festejó cuando la luz blanca iluminó el firmamento de la ciudad. “El toro salvaje de las pampas”, así apodaban a Firpo. Había tirado fuera del ring al campeón mundial cuando promediaba la contienda. El desconcierto vino cuando en menos de un minuto el cielo se tiñó de rojo. En una maniobra antideportiva, el árbitro y los jueces permitieron que Dempsey estuviera 18 segundos fuera del ring. Asistido por sus colaboradores, logró reponerse, subió nuevamente al cuadrilátero, y con el primer golpe certero noqueó al crédito local, poniendo fin a la pelea y a los festejos.

Esta era una de las tantas historias del Palacio Barolo, y mi interés por descubrirlas, me llevó a investigar cada vez más. El faro me despertaba una atracción casi magnética, que me llevarían a hacer mil y un intentos para poder subir y admirar su belleza interior y el paisaje que regala desde allí arriba. Por cierto, una de las mejores vistas del Congreso Nacional.

Debido a la gran admiración que sentían por Dante Alighieri, tanto el propietario como el arquitecto, inspiraron la torre en “La Divina Comedia”. El palacio sigue la estructura del libro. Su planta interior era muy novedosa para la época. “Infierno, Purgatorio y Cielo” tienen su analogía en la construcción. Los pisos superiores simbolizan los siete niveles del purgatorio. El faro representa el “Empíreo” sobre los 9 cielos. La cúpula está inspirada en un templo Hindú dedicado al amor, y es el emblema de la realización de la unión de Dante con su amada Beatrice.

La idea de Barolo y Palanti era la de traer los restos de Dante y utilizar el edificio como mausoleo del poeta. La idea no prosperó.

La construcción mide 100 metros de altura por 30,88 de frente, cuenta con una superficie cubierta de 1365 metros cuadrados. La obra costó 4,5 millones de pesos moneda nacional. Se utilizaron 650 mil kilos de acero, 3,5 millones de ladrillos, 70 mil barricas de cemento Portland.

La edificación tiene 24 plantas, 22 pisos y 2 subsuelos, 11 medios de elevación, 2 montacargas y 9 ascensores, de los cuales 2 están ocultos y son los que utilizaba el propio Barolo para no cruzarse con sus inquilinos, porque había ocupado 3 pisos y el resto los había alquilado.

Otra particularidad del edificio es que cuenta con un gemelo en Montevideo, El Palacio Salvo, también obra de Palanti. Además de la parte estructural, este arquitecto se encargó del diseño integral del mismo. Por ejemplo: los picapor-

tes de bronce de las puertas, las lámparas, las tulipas y las jaulas, con trabajo artístico en hierro forjado, para los ascensores. Todos los materiales utilizados fueron importados, como el mármol de Carrara.

El frente y la ornamentación merecen un párrafo aparte. El estilo arquitectónico es Romántico con reminiscencia del gótico y también posee mucho del arte islámico de la India. Fue pionero en el uso artístico del hormigón armado y en la implementación de ventanas estilo "bo-windows".

En la actualidad funcionan 520 locales, entre ellos: 4 agencias de turismo, una escuela de español para extranjeros, una casa de ropa de tango, estudios contables y jurídicos. En el primer subsuelo hay un teatro y desde el segundo se puede acceder al Arroyo Tercero del Medio, uno de los tantos que abastecen de agua potable a la Buenos Aires colonial, y que fue entubado en los tiempos de la construcción del Palacio Barolo.

En 1997, esta obra de arte de la arquitectura argentina fue declarada Monumento Histórico Nacional. Y con motivo de los festejos del Bicentenario de La Revolución de Mayo, el faro con su lámpara de 300.000 bujías fue restaurado, puesto en valor y en funcionamiento. De este modo, desde el 25 de septiembre de 2009 y todos los 25 de cada mes, fue encendido por media hora a partir de las 21:30 para iluminar el cielo de Buenos Aires.

Miqueas Thärigen, es el encargado del proyecto "PALACIO BAROLO TOUR". Su abuelo, Carlos Jorio, compró una oficina en el edificio en 1926, debido a su admiración por Dante Alighieri.

En la oficina donde comenzó su abuelo, Miqueas lleva adelante su emprendimiento turístico, el de mostrar y dar a conocer, no solo a los argentinos, sino a los visitantes que llegan de todas partes del mundo, la magnificencia, el esplendor y la historia de esta verdadera gema de la arquitectura nacional.

Luego de más de un año de inactividad, debido a los efectos de la pandemia de Covid - 19, donde no se pudo visitar esta joya de la arquitectura porteña, este edificio comenzó a ofrecer sus recorridos guiados otra vez, pero por cuestiones sanitarias el aforo aún es reducido. Es obligatorio el uso de tapabocas y alcohol durante la permanencia en las instalaciones.

Durante el recorrido se suben pisos por escaleras y se pasa por lugares estrechos, lo que puede generar dificultades en caso de movilidad reducida. El Palacio Barolo invita a ser descubierto. Conocerlo es realizar un viaje en la historia, a los años '20, cuando llegaban a nuestro país los más reconocidos y prestigiosos arquitectos del mundo para dejar sus huellas y su impronta, en estos palacios y mansiones dignos de admiración.

La Última Pandemia

Por Claudio Samenhof Ortiz Silva

En la ciudad China de Wuhan, capital de la provincia de Hubei, se reportaron casos de neumonías en enero de 2020 y la preocupación comenzó con el contagio descontrolado en la urbe de 11 millones de personas. En principio se consideró una inquietud. Luego de las primeras declaraciones resultó que se trataba de un microorganismo que en tres meses hizo que el mundo se detuviera.

El organismo generó la cuarentena más grande en la historia. Las señales fueron infinitas: Viruela, peste negra, tuberculosis, gripe española, VIH, gripe A, Ébola, que se cobraron millones de vidas. Las estadísticas de los últimos 50 años indican que no será la última.

Al comienzo una persona de 55 años oriunda de la provincia de Hubei, se infectó a mediados de noviembre del 2019. Un informe de la Comisión de Salud y Planificación Familiar de Wuhan, decía que se trataba de una neumonía proveniente de un virus desconocido. Los informes forenses confirmaron un nuevo tipo de coronavirus, y sumaron 41 casos.

Se pensó que podía ser el SARS (síndrome agudo respiratorio), un virus que se propagó por 37 países y mató 800 personas en 2003. Autoridades chinas reportaron a la Organización Mundial de la Salud (OMS) los casos registrados a fines de diciembre de 2019 y comenzaron a tomar medidas. La ciudad de Wuhan se vio cercada. El control de aeropuertos, rutas, terminales, y tránsito en general reducido. La ciudad está vacía. 700 personas con síntomas comienzan a ser aisladas. El mundo no conoce lo que se avecina.

La gente local se ve obligada a usar mascarillas en todo momento. El aeropuerto de Giroux en el que operan 100 líneas con 180 destinos a 90 países tiene varado a un centenar de personas. La historia de un mundo globalizado. Un ingeniero civil con destino a Seúl no sabe que contagiara a su esposa. El escenario no es ficción. Se oye que el origen de la enfermedad proviene de un marsupial. La causa sería la sopa de murciélago. El festejo por la llegada del nuevo año 2020 deja al descubierto los avances exponenciales de contagios en Wuhan. Sudamérica no sabe de coronavirus. Al otro lado del hemisferio no imaginan que a principios de marzo el virus llegará a América.

El Mercado del centro de Wuhan conocido como “mercados mojados” es parte de la vida de millones de personas. Se sospecha que ahí se originó el brote. Se cierra el 1° de enero. Allí se venden animales salvajes, exóticos y vivos para alimento: pollos, gatos, murciélagos, culebras venenosas, faisanes, marmotas y ciervos. Se estima que es una economía de 69.000 millones de dólares.

Italia y España son los primeros en sufrir drásticamente el avance de esta nueva enfermedad, por turistas que visitaron una de las concentraciones humanas

más grandes del planeta. Fueron 15 días de festividad del nuevo año lunar chino y 3 días de asueto que el gobierno le dio al pueblo a partir del 15 de enero.

Argentina, Bolivia, Perú, Paraguay, Uruguay y Chile, no sospechan que se sumarán al resto del mundo. El carnaval de Brasil se verá en vilo. Comenzará una cuarentena desconocida. Poco a poco conocerán las pérdidas que sufrió el viejo mundo y los estragos del continente milenario. Todo parecerá sacado de una novela.

Wuhan estuvo inmerso en el nuevo contagio. Las autoridades se ven en la dificultad de aislar y el 13 de febrero trasciende que es absolutamente primordial que las autoridades de la Salud Pública reconozcan que se trata de un evento súper extendido antes de que sea absolutamente explosivo. Pero nadie se percató.

En la última semana se habló mucho de un gen que sale de un laboratorio. Se trata del Instituto más prestigioso del gigante asiático. Uno de los 50 en el mundo con el nivel más alto en bioseguridad. Científicos intentan examinar la base de datos. El Instituto de Virología retiró la investigación de Internet en diciembre de 2019. Comienza a preocupar a la comunidad científica internacional. Estas instalaciones albergan patógenos peligrosos y no cuentan con vacunas ni tratamientos disponibles. Los resultados parecen conspirativos y objeto de revisión.

No se oye nada sobre prevención. Serían sólo casos aislados. Nadie sabe lo que puede ocurrir, no hay indicios. La enfermedad se extiende por China continental. Llega a Pekín y a Zen Zen. Aumenta el número de contagios de una manera diabólica. Las autoridades chinas y de todo el mundo, aún no reaccionan.

Lo inevitable

Un mes después del primer caso, más de un centenar de contagios y muertos. Se decide cerrar la ciudad de Wuhan, pero el virus ya se había expandido. Un corresponsal de El Mundo en Asia comenta: "Hay otras cinco ciudades bien bloqueadas. Las calles siguen vacías, al igual que ayer. La gente ha preferido quedarse en sus casas". Investigaciones determinaron que solo en Wuhan han muerto 40.000 personas. No hay registro. Solo silencio.

Sobre lo ocurrido en China, el sentimiento es que se engaña a la opinión pública mundial. Hay más infectados y muertos de lo que se dice. Se conoce la historia del médico Lee Huang Yang que quiso alertar sobre lo que había sucedido y llegó a ser arrestado. A la semana, se infectó con Covid-19 y el 7 de febrero falleció. Con el tiempo las autoridades chinas reconocieron su error y ahora se lo considera un héroe. La comunidad internacional, sigue pensando que la enfermedad es problema de China y que hay que estudiar. Estados Unidos toma medidas y cancela vuelos de China. El Secretario de Salud y Servicios Humanos, Alex Azar, dice: "Todas las opciones para luchar contra esta enfermedad están sobre la mesa, incluyendo las restricciones de vuelo. Aunque las enfermedades

no entienden de fronteras, por lo que esperaremos a conocer más datos”.

El virus aterrizó en Europa en febrero, y la vida continúa extendiéndose con relativa normalidad. Se realiza el festival de cine de Berlín, el carnaval de Venecia y en Milán, se juega un partido de fútbol entre Atalanta y Valencia. Un mundo de gente.

En Italia el virus se esparce rápidamente. En febrero los casos explotan y superan los 1100. El país declaró alerta y el esfuerzo por contener el brote más grande de Europa. El 8 de marzo se firma un decreto que pone en cuarentena parte del norte, lo que afecta a diez millones de personas. El documento se filtra horas antes del anuncio oficial y miles de ciudadanos regresan a sus hogares. Mayormente al sur de Italia, agravando la crisis. Un día después del anuncio, la situación se sale de control. La restricción en el norte se extiende a todo el país. Sesenta millones de italianos deberán permanecer en sus hogares.

En España crece la alerta. El patógeno no avisa, y se repite lo inesperado, el daño está. La comunidad médica denuncia a los medios la magnitud de improvisaciones que han debido adoptar. La sanidad ha sido desbordada, sin recursos, exponiendo profesionales. El gobierno solo tiene acciones para limitar contagios y entra en rigor el 15 de marzo. Luego, establece una cuarentena nacional, y posteriormente impone un toque de queda. El 14 de marzo España cuenta con 4500 casos y 120 fallecidos.

El Presidente de EEUU, Donald Trump, continúa minimizando la peligrosidad. Tres días después reportan la primera muerte. El 20 de febrero el virus desembarcó en Sudamérica. El 8 de marzo se cobra la primera víctima en Ecuador. En Buenos Aires, la problemática tiene a dirigentes contando camas y respiradores. La solución es prepararse para lo que pueda suceder. En Chile las medidas aún no se declaran. Brasil, continúa con un velo.

La curva de los casos en China cede, disminuyendo como rayo de esperanza, la crisis parece haber terminado. Funcionarios en el Estado de Washington confirmaron el primer caso en un hombre de 30 años, cerca de Seattle. Se encienden alarmas en el resto del mundo y los aeropuertos comienzan tarde a tomar medidas. Pese a restricciones, el primer caso de coronavirus hospitalizado fue en Burdeos. Un paciente de 48 años que estuvo pocos días y regresaba de Wuhan.

En China hay más de 9000 infectados y 23 países ya tienen pacientes contagiados. El 30 de enero el Presidente de la OMS, Tedros Adhanom, anuncia: “Declaró una emergencia pública sanitaria de interés internacional a causa del brote del nuevo coronavirus. La principal razón para la declaración no es por lo que está pasando en China, sino, por lo que está ocurriendo en otros países”.

El contraste sanitario

El 25 de enero la cifra supera 1500 casos de infectados en el planeta. El 27 el

número de muertos supera los 130. Rusia cierra sus fronteras con China. La escena comienza a sacudir al mundo tras reportar al crucero Diamond Princess con más de 3700 personas varadas en cuarentena. En Wuhan se construye un hospital para 1000 pacientes en solo diez días.

El 10 de febrero el virus se cobró la vida de más de 1000 personas en el mundo y el Presidente de los EEUU sorprendió con una polémica posición, diciendo: "Mucha gente piensa que va a desaparecer en abril, con el calor".

Sudamérica se prepara para recibir un fenómeno de características desconocidas. Solo se sabe que no se ve, que uno se debe cubrir con el pliegue del codo al estornudar, que no tiene cura y que el distanciamiento social evita el contagio. Lo que no sabe es que mata en la mayor de las soledades y algunos pensaron que solo atacaba a personas mayores.

El 8 de marzo, en España se realiza una multitudinaria celebración por el día internacional de la mujer. En Sudamérica, el 18 de marzo, Chile declara alerta y medidas de confinamiento por 90 días decretando "estado de catástrofe" y confirma el 3 de marzo su primer caso. Un médico de 33 años internado en el Hospital de Talca, el hombre provenía de un vuelo procedente de Singapur. El 19 de marzo comienza la cuarentena en Argentina para reforzar las acciones contra el coronavirus donde hay 128 confirmados y tres muertes.

El mundo respira sin polución. Ciudades vacías, comercios cerrados, calles sin movimiento. Miramos noticias y no sabemos qué pensar ni que creer. Miedo, ansiedad y estrés. No sabemos cómo lidiar. Las medidas de seguridad y emergencias de los gobiernos son tardías, algunas acertadas. Encontrar respuesta a la naturaleza de la crisis no tiene antecedentes. No existe antídoto y faltan años de investigación.

En Argentina la iniciativa de suministros y herramientas se asegura. Modifican lugares y suman camas para poder cumplir con el aislamiento. Acondicionan hospitales, equipan terapias y quirófanos. Habrá ayuda económica para los más necesitados. La sensación más clara es que no se puede contener lo desconocido.

Mientras, una estudiante de medicina de 23 años, se prepara para colaborar al regresar a Córdoba. Está atrapada en la sala de cabotaje del aeropuerto metropolitano en Bs. As. El puerto detiene trasbordos a Uruguay.

En la Unidad Penitenciaria N° 9 de La Plata hay un procesado como muchos otros, privado de su libertad, deseando ver a sus padres de 86 y 84 años, que están solos y aislados el tiempo que dure la epidemia.

El 11 de marzo la OMS hace un anuncio esperado. Están evaluando el brote y los alarmantes niveles de propagación del Covid-19 como una pandemia. El mundo entra en confinamiento.

En esta película de terror, el villano muta, se resiste y su presencia tendrá inquietante a toda la humanidad por el tiempo que dure su existencia.

La avenida y su frontera

Por Ezequiel Vivas

En el conurbano bonaerense, específicamente en El Palomar, nos encontramos con “madres solteras con muchos hijos”, “caminos hechos con piedras para evitar el barro,” pilas de basura, “esqueletos de autos robados, desmantelados, saqueados y prendidos fuego”, escribe Cesar González en su página.

Los sonidos de disparos son la música de fondo en el día a día de muchos en El Palomar. Estamos en la Villa Carlos Gardel, Partido de Morón. Un chico de 7 años, Cesar Gonzales, vuelve a casa después de la escuela: no iba realmente a aprender, sino a comer. De camino a casa observa su lugar, los vecinos hablan a través del alambrado, “che, te enteraste que lo mataron a fulano”. “Sí, y que a mengano le reventaron el rancho en la madrugada”. “La policía y sus cacerías,” El aire intoxicado por el porro cortado que está vendiendo hoy la transa. “Los evangelistas y sus gritos.” “Los perros persiguiendo las motos”, sigue Cesar González en su blog.

Al llegar a casa no lo reciben ni papá ni mamá, solo se encuentra con sus cinco hermanos. Papá, paradero desconocido, perdido por sus adicciones. Mamá, había salido a buscar el mango, como podía, como la sociedad le enseñó que debía hacerlo. Pero esa noche mamá no vuelve y la abuela a la mañana siguiente le da la noticia, noticia que escuchaba todos los días y que temía que a él también le pasara. Mamá no volvía, a mamá la había agarrado la policía. Siete años tenía Cesar, y se convirtió en el padre y la madre que sus hermanos necesitaban.

La abuela se va a trabajar, mamá no está, papá no está, queda Cesar y sus hermanos. Se preparan y van a la escuela, al jardín, depende de qué tocara. El mismo escenario, techos de chapa, casas pequeñas. La avenida y su frontera, que divide a la villa del mundo. Rezos que ruegan exiliarse a la sociedad. De camino se encuentran con varias publicidades que reflejan la familia moderna. ¿Dónde están esos colores en la vida de Cesar? mamá no está, papá no está, hay hambre, no hay ni ropa ni zapatillas. ¿A dónde están esos colores que veía en la publicidad?, ¿a dónde está mamá, a dónde está papá?

Cesar vive en un pasillo a 50 metros de la avenida, donde la vida cambia, donde está el mundo. El pasillo era el preferido por sus pares para robar. Al caminar por ellos se encontraba pibes muertos, policías heridos, autos robados, entre otras tantas escenas que encerraban su día a día en la villa miseria.

Pasados algunos años, Cesar tuvo un momento de felicidad. A sus diez, la abuela llegó del trabajo con una sorpresa, una PlayStation uno, la única q había en la villa. Cesar era feliz, ahora tenía un poco de color, porque tenía algo que

pertenecía al mundo que estaba al otro lado de la avenida.

A los catorce años su vida explota. Había terminado la primaria y nadie se había acercado a preguntarle qué quería ser de grande. No hubo ni tele, ni radio, ni deporte, ni ciencia. Cesar estaba cansado de no comer, de no tener ropa en condiciones, de andar descalzo. Se asomaba a la avenida y veía el otro mundo. Se preguntaba por qué yo no tengo todo esto que ellos tienen... no está papá, no está mamá, la abuela vive laburando por dos pesos, mis hermanos están descalzos, tengo hambre, ¿Por qué yo no vivo en el mundo del otro lado de la avenida?

Agobiado por la pobreza, tomó una decisión, "voy a disfrutar de la vida, me cansé de sufrir". Consiguió sus primeras zapatillas nuevas, su primera campera, su primer pantalón, se cortó el pelo. Se encontraba con los chicos del barrio e iban a dar una vuelta "por afuera", al mundo que estaba cruzando la avenida. La policía les decía que no los quería ver por ahí.

Con doce años, Cesar entendió que en el mundo en el que él vivía, se conseguían las cosas de una sola manera. No estaba papá, no estaba mamá, el solo no podía. Así comenzó. Primero eran estéreos de autos, después el auto entero, alguna cartera, alguna billetera, después algún supermercado, Pago fácil. Luego, a secuestrar personas. Después vinieron sus primeras drogas, a los trece: Poxirran, marihuana, alguna pastilla, merca, quería olvidar que su camino estaba marcado, que no podía escapar. Su futuro era ese, morir robando, morir en una toma de rehenes en un banco. Para Cesar, no había manera de cambiarlo, ya estaba escrito.

Esa tarde, Cesar sale con su compañero, él ya con quince y su compañero con trece años. Van "al afuera", buscan un auto, muestran un arma, pero algo sale mal, su cuerpo sangra, solo sabe que no tiene que dejar de correr, su compañero lo socorre. Las tres cuerdas más largas de su vida. Viene la policía, viene el del auto. Frena un vecino, lo suben, al hospital "Posadas", lo atienden, le extraen la bala del estómago, queda inconsciente, dieciocho puntos, dos paros cardíacos, un mes internado.

Cesar sale del hospital y vuelve a robar, en muletas y casi sin caminar. Lo pasan a buscar los chicos del barrio, salen "al afuera", buscan una víctima para secuestrar. Cesar no tiene comida, no tiene zapatillas, ni papá, ni mamá y tiene ahora ocho hermanos que cuidar. Se cruzan a un hombre, lo suben al auto y van para el barrio. Llaman a la familia, piden rescate.

5 de agosto del 2005. Cesar mira la tele en su casa, se había colgado del cable para ver películas. Escucha un golpe fuerte en la puerta, los gritos de la abuela, de las hermanas y de mamá que había vuelto. En menos de dos segundos hay un arma en su cabeza. Allanamiento de grupo Halcón.

Llega a su primer Instituto de menores, "San Martín", en Parque Chacabuco. El lema: cuanto más sufra, más se va a dar cuenta que lo que hizo estaba mal.

Con 16 años ya estaba en una celda, encerrado todo el día, con veinte compañeros y sin ninguna actividad. Con hambre y más violencia. Esta nueva realidad le recordaba su infancia en la villa. Un día hizo las cartas del truco con las cajitas de té que le quedaban. Solo tres días duraron, hasta que llegó la requisa: una golpiza tras otra y desnudo en la celda, en pleno invierno.

En el Instituto de menores conoce a Patricio Montesano, quien cambiaría su vida para siempre. Patricio daba un taller de magia y comenzó a hablarle del Che Guevara, luego de sociología, política y filosofía. A Cesar le devolvió la fe, la esperanza en el ser humano, comprendió que podía salir del pozo más profundo y reivindicarse, como ya habían hecho otros a los que él leía. Su historia no estaba condenada, podía salvarla. Comenzó a leer Masacre, de Rodolfo Walsh.

De Cesar González a Camilo Blajaquis.

Nos encontramos con un chico de carácter enérgico, de tez morena, ojos marrón oscuro, cabello corto y negro, labios y nariz ancha, delgado y con las cejas gruesas. Vestido siempre con un estilo deportivo, zapatillas último grito, amante del cine y de los poemas. Pasatiempo favorito: leer, leer todos los géneros.

De chico disfrutó de mirar películas. Actualmente se dedica a la cinematografía. Es un chico con mucha fuerza de voluntad, inteligente y con conciencia social. Le interesan los temas sociales y culturales, le gusta la filosofía, leyó a Nietzsche, Spinoza, Giles Deleuze entre otros. Estudió un tiempo la carrera de Filosofía, en la Universidad de Buenos Aires.

Una tarde de bronca e impotencia, tomó un lápiz y un papel y escribió primero una nota sobre el mundial de Alemania 2010 con lo que había aprendido en un taller de periodismo. Se sintió un poco libre, más lejos de ser "un pibe chorro". Ahí, en una celda de Menores, nació Camilo Blajaquis, un escritor de poemas que estaba encerrado en un penal. Este cambio llevó consigo la reivindicación de su propio ser. Ya no sentía resentimiento. Entendió que vivía en un sistema injusto, carente de justicia social. Ya no quería morir, solo escribir poesías. Ahora había gente que entendía cómo era la vida de los chicos como Cesar. La escritura le dio oxígeno y un futuro.

En el inicio de su proceso de lectura y escritura, hasta los mismos compañeros se burlaban de él. Luego, cuando se dieron cuenta que Cesar no necesitaba de defensa frente al juez, comenzaron a respetarlo. El Servicio Penitenciario no parecía de acuerdo con el nuevo Cesar. No tardaron en llegar las torturas, los golpes y los traslados.

Cuando comenzó a escribir poesías, le prohibieron entregárselas a Patricio en

la visita. Entonces se las dictaba por teléfono: así Cesar no iba a morir ni en una toma de rehenes, ni en el banco, ni en un penal, él viviría en sus poesías.

Dentro del penal tomó la decisión de remodelar la biblioteca y bautizarla "Rodolfo Walsh". Lo hizo junto a un trabajador social. Al poco tiempo, llegó un periodista del diario "Crítica", que lo entrevistó como el "Pibe preso que remodeló una biblioteca".

A los 20 años salió del penal. Preocupado por su futuro, comenzó a redactar y a vender una revista escrita por él, "**Todo Piola**". Vendía copias en blanco y negro. Paralelamente trabajaba en el Municipio de Morón, donde ganaba \$800 al mes. El periodista que lo entrevistó cuando remodeló la biblioteca, lo contactó con el Director de una editorial. Así, Cesar comenzó a trabajar en su primer libro, mitad financiado por el Municipio de Morón y mitad financiado por la editorial.

Con 21 años Cesar publica su primer libro de poesías, **La venganza del cordero atado**, en gran parte escrito dentro del penal. Al año siguiente, publica su segundo libro, **Crónica de una libertad condicional**.

Luego de las publicaciones, Cesar descubre que hay una manera de concientizar a la sociedad de todo aquello que vive un niño en una villa miseria: se dedica a los medios audiovisuales. Se reinicia su pasión, la cinematografía.

A los 24 años, estrena su primera película, "**Diagnostico Esperanza**", que filmó en su barrio, con sus compañeros y familia de la villa. En el mismo año dirige "**CorteRancho**", un documental sobre la vida en distintos barrios populares de Buenos Aires, emitido por Canal Encuentro y la Tv Pública.

En el 2012 comienza a conducir un ciclo televisivo llamado **Alegría y dignidad**, en el **canal Encuentro**. En la primera emisión Cesar cuenta su historia, luego otros casos similares donde surgen diferentes expresiones artísticas en espacios marginales.

Trabajó en la Secretaría de Cultura de Morón hasta el año 2012, organizando talleres literarios en el **Barrio Carlos Gardel** donde vive, y en otros barrios del Municipio.

Hoy, Camilo Blajaquis fue alguna vez, Cesar González.

Festejos del día del estudiante

Por Roberto Damián Sosa

Me siento ansioso por volver a encontrarnos después de tanto tiempo sin recibir visitas. Había pasado más de un año de la pandemia y las restricciones en las cárceles de la provincia eran muy rígidas. Finalmente en la Unidad N° 9 de Los Hornos, podíamos hacer el festejo por el día del Estudiante y la Primavera.

Me desperté temprano a las 6:00 de la mañana con una sonrisa. Me levanté, cepillé mis dientes, me afeité, me duche y me vestí con mi mejor ropa. Me puse perfume, agarre mi mochila, llamé al encargado del pabellón para que abriera la reja y salí para el Centro de Estudiantes Universitarios "Santo Tomas de Aquino", lugar donde se realiza la jornada. Llegué a las 7:00 horas y abrí el centro. Puse la pava, preparé el equipo de mate, mientras esperaba que llegaran los compañeros de la Comisión Directiva y los trabajadores del centro. Al llegar, nos reunimos en la Biblioteca para organizar los preparativos. Algunos fueron a la cocina para preparar la comida. Matías se puso a hacer donas. Puso en la mesada dos kilogramos de harina común, levadura, dos cucharadas de flan, 250 gramos de margarina, 8 huevos, azúcar, sal, leche, preparo una taza de agua tibia y le agregó la levadura. Lo dejó en reposo para que fermente y en segundos empezó a actuar. Hizo un redondel en medio de la harina y agregó la preparación. Incorporó huevos, margarina, sal, azúcar y empezó a volcar la harina desde afuera hacia adentro. Con las dos manos la unía y la hacía girar. La metió en una bolsa de nailon y la dejó reposar una hora en un lugar cálido. Una vez que leudo, la estiró y las acomodó. Otro compañero las frío y las baño en azúcar. Otros hicieron empanadas y pizzetas. Sergio y Carlos picaron las verduras, Luis hizo la preparación del relleno. El chino hizo las tapas y las armó con Damián. Augusto preparó las pizzetas. Les puso salsa y queso en abundancia.

Acomodaron las mesas y las sillas en el patio de la Escuela, porque era el mejor lugar para compartir el día al aire libre, respetando el Protocolo de Prevención por Pandemia Covid-19. El resto de los compañeros recibieron a los invitados de las distintas instituciones que iban llegando. Los primeros en llegar fueron el Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE) y el Movimiento Evita, así fueron llegando el resto, como La Reja, El Inadi, Agrupación Rodolfo Walsh, Educación la Campora, Derechos Humanos PBA, el PAUC, la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Humanidades Ciencias de la Educación, Ciencias Jurídicas y Sociales y 17 de Octubre Facultad de Trabajo Social. Estos últimos nos trajeron material de estudio. El día estaba templado. Había un poco de sol y nubes que jugaban como si supieran lo lindo que teníamos para compartir. Miré el reloj y ya eran las 11:00 AM. Pedimos la atención de los presentes, saludamos y pusimos el Himno Nacional Argentino. Cantamos en voz alta, con orgullo y sentimiento. Al finalizar tomó la palabra el Presidente, Vicepresidente, el Secretario General, el Coordinador de Cultura y el Consejero del CEUSTA. Hablaron del día del Estudiante, de la Primavera y los desaparecidos por la Dictadura de

1976. Agradecieron la presencia en el festejo, ya que era el primer evento desde el comienzo de la Pandemia. Había muchas caras felices.

Tomaron la palabra los integrantes del Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE). Nos agradecieron por la invitación, hicieron un mural, con el fondo verde y un cielo azul, donde se ve a dos jóvenes estudiantes sentados en una plaza leyendo un libro. Los muralistas eran dos mujeres y dos varones. Estaban vestidos con ropa de grafa, pantalón, camisa zapatillas manchadas de pinturas de colores y tenían viseras azules que decía MTE. Fue un placer verlos como se organizaban para dibujar, preparando los colores, mezclando pinturas, utilizando los pinceles como si fuera un lápiz, el respeto, el compañerismo. El mural quedó perfecto. Todos se sacaron fotos mostrando una gran sonrisa.

Llegó la hora de compartir las roscas de donas, unos ricos mates, café y té. Una hora después se sirvió el almuerzo, donde se deleitaron con empanadas fritas y pizzetas. Servimos jugo y gaseosa fría. Sus caras nos expresaban que todo estaba muy rico.

La parte de Cultura del CEUSTA, los compañeros, estudiantes y coordinadores, organizaron entretenimientos para que se diviertan los invitados y los compañeros estudiantes. Había Ajedrez, Damas, Dominó y Truco. A los ganadores de cada juego se les entregó un diploma como premio. En la música estaba el compañero "Chimbo Flow" que cantó dos temas de Reggaetón. Uno decía: "Si ella quiere conmigo, sabe que con ella de lejos es que convino, ella quiere ser mi amante, no me quiere de amigo, me enamoran sus estilos, se linda callejera, también con estilo fino, y nos pegamos, me encanta como enrola y pregunta si fumamos, le encanta mi tumbao y como yo le meto, cuando estamos fumao me dice dedícate a esto, creo que tengo Flow, les quiero ser honesto, súbele al volumen y decime si te miento". Al escucharlo empezaron a moverse, aplaudían, cantaban y bailaban al ritmo del tema.

El tiempo había pasado volando, ya nos teníamos que retirar porque teníamos permiso hasta las 16:00 horas. Las autoridades penitenciarias querían que la visita se retirara y los internos vuelvan a los pabellones. No pudimos respetar el horario porque la gente no se quería ir y tuvimos que extender el horario hasta las 17:00 horas. Nos despedimos y agradecimos todo el cariño que nos dejaron. Al terminar cantamos:

"Oíd mortales, el grito sagrado

Libertad, libertad, libertad

Oíd el ruido de rotas cadenas

Ved el trono a la noble igualdad"

Se fueron con un aplauso eterno y con muchas ganas de volver, para poder seguir trabajando.

Esto parece Hollywood

Por Cristian Ferraro

En la unidad 9 de La Plata, a fines de la pandemia 2021, ingresa al pabellón nro. 4 de estudiantes universitarios, Enrique Heinze. De un 1.70 mts., tez blanca, con barba, robusto, barrigón y con una mirada dominante que no se pierde un detalle. Se ríe como Patán y dice, "al que no me conoce, soy Kike y me pueden decir "El Verraco, el uno".

Los que lo conocen se ríen y se acercan a la reja de entrada del pabellón. Kike ve que deambula un gatito negro cerca de la reja. Lo agarra, lo mete en el mono y dice ¡este, me va traer suerte! Entra al pabellón arrastrando su mono:

- ¿Eh limpieza, a qué celda voy?, mirá que soy el uno, he ja ja- dice mientras lo recibe Jhony, uno de los tres referentes del pabellón, quien lo saluda y conduce:

- Conmigo a la celda 4.

- Ah, dale cheto, compañero- saluda a los que están a su alrededor y empieza a desatar el mono (manta con sus pertenencias atada en sus cuatro puntas) de a cuadrillé verde y blanca.

Al abrir el mono se pregunta, "¿a dónde estás?". Agachado y con esfuerzo, ve y se responde, "acá en mi campera estás, pensé que te habías escapado". Kike sigue caminando con risa de patán, cigarro en la boca. Agarra el gatito despacio porque es muy pequeño, retrocede y sale con sus brazos cansados, pero esta vez sujetando a su mascota.

- Che, voy a recorrer el pabellón, no me quiero sorprender después, por ahí encuentro a un enemigo acá ja ja.

Empieza a caminar por el pasillo, hamacando los brazos como si tuviera una soga en sus manos, como si llevara toda su vida en ellos. -Cheto, en este lugar no tengo enemigos, soy el número uno- lo dice con un gesto de tener armas en sus manos y disparar hacia el techo.

Comienzan a salir de varias celdas personas que lo conocen y lo saludan con un abrazo. Kike, con su cigarro en mano, empieza hablar de todo un poco con los que conocen sus historias pasadas.

Desde el fondo del pasillo aparece un viejo amigo, Roberto. Se dan un gran abrazo, y Roberto pone la pava para tomar unos verdes. Kike, va hasta su celda y trae el equipo de mate. Entre charla y charla, comienzan a reír recordando viejos tiempos.

- Fuaaa, que tranquilidad que hay acá! nada que ver al otro pabellón que yo estaba. ¡Esto parece Hollywood! - se ríe entre dientes. - Soy yo acá. Voy a hacer la mía, cero todo, mucha visita y a full con el estudio. Este año me recibo, jaja-

continúa con un exaltante gesto que contagia risas.

- Ya van a ser la 20, me voy a dar un duchazo antes que venga la gorra y va engomar el pabellón. Voy a ver qué hago para papear y al sobre, a empaquetarme un poco con la familia (mandar mensaje con el celular). Y después a descansar un rato verraco, y ver qué me depara el día mañana- lo dice mientras mira su reloj y se escucha un silbido.

Su celda es de 1,70 por 2 metros de largo. Desde su ventana se ve un patio gris sufrido al pintar. Desde la puerta, los pasillos y rejas. Dentro de ella, hay un inodoro de metal; arriba, todo ordenado para que no entre una hormiga. El piso de color rojo que brilla y sus olores y fragancias a pino o lavanda, emergen constantemente. Los bolsos de ropa forman un ropero debajo de las camas cruzadas de hierro. Para allá, más espacio, la cocina y una silla que se hace sofá. Por allá el televisor; arriba y al lado de este, el living de los tiempos libres. La celda está organizada, por momentos se duerme, se ríe y se llora.

La unidad Penal N° 9 del SPB fue inaugurada, el 21 de septiembre de 1960. Los internos se encuentran alojados bajo un régimen cerrado. Con una capacidad de 1450 internos, hoy en día hay más de 2000 personas en él. Dicha unidad también funcionó como centro clandestino de detención durante la última Dictadura cívico militar de Argentina.

Kike lleva en sus brazos el peso de una vida que pareciera cargar desde siempre. Sentado en su celda, mientras toma su mate, fija la mirada en la pared y piensa si resolverán a la unificación de su causa. Enrique lleva 28 años detenido, esta vez por delitos menores. Espera que un amigo se acerque y convidarle un mate, es la forma de hablar de su ánimo, de su causa y de alguna materia que, por lo general, dice no entender nada.

Kike habla con su compañero Jhony de la nueva mascota.

- ¿Sabés algo de la materia de Gráfica 1? No leí nada, pero se ve que está buena ja ja, hablan del ex líder de las FARC ¿no?

Se acerca Roberto:

- ¿Al gato no le pusiste nombre?

- No, pero se me había ocurrido Timochenko, ex líder del FARC.

Con el tiempo, Enrique se fue acostumbrando al pabellón, la rutina del día a día, las charlas con su gato, hablándole como si fuera su hijo. La pesadez y la incertidumbre de los años que vendrían, se convirtieron en su cotidiano.

En la unidad N° 29 de alta seguridad de Melchor Romero, Enrique vivió varios

años. La misma fue inaugurada en el año 2004 y también fue dependencia de tránsito.

Kike camina pensativo. La rutina y la espera de su causa lo tienen mal. Fuma tres atados de cigarros al día. Come mucho, toma mate sin parar, está muy gordo. Habla imparablemente con su gato y algunas veces, se lo ve parado en la puerta de su celda, con el cigarro y los dedos amarillos, como si en sus brazos y manos, estuviera cargando toda su vida.

El esclavo de capoeira Angola

Por José Arias.

Nació en Zona Norte, San Martín, Loyola, entre Av. De los Constituyentes y la Habana, seis manzanas de paredes de madera y techos de chapa, la cancha de tierra, el tanque de agua, los monoblocks. Está cayendo el sol, el barrio caliente sigue despidiendo a los caídos de la noche anterior.

Juan Sugo, camina agachado, cruzado de brazos sujetando su barriga, a paso lento, con dificultad y dolorido. Es interno del pabellón Evangelista n14 de la Unidad n 9 de La Plata, a la que algunos le dicen, La Nueva.

Manos arrugadas, avejentado. Con 64 años parece mayor. Deambula el oscuro pasillo de celdas húmedas, ojotas hawaianas emparchadas y tallón gris en mano, que alguna vez fue blanco, camino a la ducha.

Cual esclavo de nicho brasileño, quien hace "Capoeira Angola", aprieta su estómago superpuesto, con hernia umbilical como pelota n 3 creciendo a pasos agigantados dentro suyo.

Condenado a prisión perpetua, con 23 años de cumplimiento efectivos, y un largo recorrido por cárceles federales y de provincia, hace pie, como dice él, en La Nueva.

Robusto, de 1,80 de altura, medio calvo y fuerte como roble, prepara a las 6 de la mañana el mate amargo y la tabaquera, rumbo a su huerta. Allí, cuatro internos de su pabellón lo acompañan parte del día, removiendo tierra, plantando verduras y flores. Se mueven como 3 a 4 veces hacia los surcos, donde corre agua, esquivando los montículos de tierra, envases de shampoo cortados, plantines, mientras ahí está la mirada atenta de los guardias del muro. Se reúnen en un rincón, sentados en cajones de manzanas, escuchan los relatos de Juan, lanzando carcajadas sin dientes. Sin embargo, Juan hay días que anda cabizbajo, en silencio, de mal humor, casi sin poder dar pasos, puteando al aire. Por la tarde, poco antes del cierre de las puertas, se encuentra en la celda 35 con sus 2 convivientes, Pablo y Lucas. Cenar, fuman y a dormir, si se puede.

Su hernia lo azotaba incansablemente, día y noche. Los músculos abdominales cerca del ombligo, ejercieron presión a través de los tejidos, aflorando parte del intestino: casi 20 años sin tratamiento y malos tratos, pasan la cuenta. A coro con los gatos de los pasillos, se escucha a Juan y los felinos en la noche. El encargado de turno duerme y si lo llaman, se termina la noche para todos, los escopeteros vienen.

Esa mañana, Pablo y Lucas, lo llamaron para desayunar, tocaron sus pies. Juan corrió su cobija y frente a ellos apareció su cara de fantasma dolorido. No salió

en todo el día. Cerca del cierre de puertas, encontraron a Juan recostado, nadie lo fue a ver en todo el día, sus compañeros entre risas y carcajadas le decían:

-Dale viejo, dejá de llorar y levántate.

-Muchachos no puedo más, llévenme a sanidad, este dolor me está matando.

El eco de su voz ronca, retumbó en las paredes, escapando por las rejas. Rápidamente Matías lo ayudó a levantarse, Pablo lo vistió como pudo, puso su hombro... sintió el cuerpo tembloroso.

Camino a Sanidad, por pasillos vacíos y rejas en cada puerta, Juan dijo:

-Avisen a mi viejita y díganle a Rosa que me llevan al hospital.

La viejita, su esposa, había fallecido dos meses atrás. Rosa, la hija, había sido detenida y desaparecida en la dictadura del 76'.

De los pabellones desciende humo y música, un clima muy distante al estado agónico de los que van por el pasoducto, camino de tinieblas, a Sanidad.

Las paredes chorrean humedad, las camillas con sus acolchados rotos y su inconfundible nauseabunda mezcla de olores, dan paso al sector de Sanidad de la Unidad 9.

Un enfermero fuma. El médico de guardia no logra calmar el dolor del abdomen con tripas salientes. Finalmente, ordena el traslado al hospital San Martín de La Plata.

La falta de tratamiento previo agudiza la enfermedad. Juan entra de urgencia al quirófano. Cirugías. Estado crítico. Estalla su corazón. Dos paros cardiorrespiratorios. Se le arrebató la vida.

Como disparo de arma, la noticia de muerte salió para La Nueva.

Esa misma noche de tinieblas y lluvia, caminó como fantasma por rincones macabros de la Unidad, quedando en el sarcófago de los recuerdos, la imagen del viejo caminando por la huerta sin verdes, con su bolsa negra llena de verduras.

Para Hegel, el esclavo vivirá después de que la muerte acontezca y, en espera de la muerte, se identifica consigo mismo como si ya estuviera muerto.

El enganche y la tarea

Por Nelson Ismael Leuzzi

El living del abogado está lleno de humo. El comisario toma café y escucha con atención. La máquina israelí que bloquea la señal del teléfono celular funciona: nada de lo que ocurre aquí dentro se oye afuera. Carlos pita el Marlboro como si se tratase del último cigarrillo de la historia.

—¿Conocés a estos nenes?—pregunta el comisario.

La hilera de policías bonaerenses rodea al fiscal de drogas y al juez federal frente a la avioneta y los panes de marihuana. El uniforme es noventoso; los agentes, bigotudos y panzones, miran serios a cámara, salvo ese el de gorra visera hacia atrás, que sonríe como si lo hubiesen recortado de la foto de un cumpleaños y pegado en esta que Carlos muestra con la picardía de quien comete travesuras.

—¿Y? — insiste el comisario.

Todos los que aparecen en la foto que muestra el comisario desde su celular, son o fueron personajes públicos. En la calle mordían como lobos. Frente a las cámaras, eran ovejas. Algunos contribuyeron al desarrollo del narcotráfico en la provincia de Buenos Aires. Se enriquecieron y viven en barrios lujosos. Otros jamás abandonaron el hábito. Como Carlos, que fuma, ríe y tose.

—Menos el de gorra, todos millos.

El comisario pide permiso. Toma la imagen con las dos manos. La aleja y estira el cuello hacia atrás. Se olvidó los anteojos o finge que no ve bien. Con la policía nunca se sabe.

A su trabajo lo llama hacer la tarea, dice ser el creador del método 50/50, dice estar implicado en más de 100 homicidios. Mientras compartimos una cerveza en el calor del mediodía me dice que tiene que cuidarse de la diabetes y del jefe de la policía. Esta es la vida de un soplón.

Carlos tiene 62 años, la piel bronceada y una chaqueta de golf azul marino. Habla como si el tiempo y el tabaco hubiesen lijado con precisión sus cuerdas vocales. Porteño de nacimiento, criado en Ciudadela Norte, su infancia no conoció sobresaltos: mamá ama de casa, papá albañil. Nunca tuvo hambre. Tampoco dos pares de zapatillas.

De lunes a viernes, cruzaba la General Paz junto a su hermana mayor y a su hermano menor hasta el colegio Guillermo Hudson en Versailles.

—Los colegios de Ciudadela iban para atrás. Del otro lado de la General Paz tenía un colegio piola —me decía mientras el sol del mediodía hacía transpirar el vaso.

En la escuela, no era aplicado. Pero enseguida aprendió a hacer las cosas sin que lo descubrieran. Por la tarde, también gambeteaba. En el potrero del hospital Carrillo, en los monoblocks, donde fuera. No le importaban las patadas ni la edad de sus rivales. Se divertía amontonando, distraendo y escapando. Le pegaba a la pelota igual de fuerte con las dos piernas.

En pleno furor mediático por los Cebollitas de Maradona, sus vecinos comenzaron a verlo como la esperanza del barrio; hasta la madre de sus amigos lo cuidaban, como si estuviesen frente al héroe que traería la primera copa del mundo al país. Los ofrecimientos no tardaron en llegar y fichó para Chacarita Juniors, después de analizar propuestas junto a su papá. Se movía como enganche, corría detrás del sueño de su vida: ser jugador de fútbol profesional. Las cosas salían según lo planeado: fútbol, familia, escuela, fútbol. Entrenamientos, partidos de fútbol, algún que otro picado por plata. Pero la vida no es una máquina de cumplir deseos. A veces, por más fuerte que se le pegue a la pelota, el palo dice no. Afuera, casi casi. La historia del fútbol no hace pósters con los casi casi. Menos con los que alargan el regreso de los entrenamientos a casa y pasan más tiempo en la esquina que practicando tiros libres.

—Siempre fuí callejero. Y la calle te come.

Carlos se creyó más rápido que el tiempo. Nadie lo culpó, ¿quién puede señalar a un adolescente por transgredir y rebelarse al destino de un país que desaparecía a los jóvenes de su edad?

El que sí lo culpó fue el juez que tuvo su primera causa por robo a mano armada. Esto fue poco antes del mundial de 1978, todavía no había cumplido 18 años y en lugar de saltar a la cancha a resolver un partido complicado, entró a un instituto de menores. Ahí conoció pibes de distintos lados. Jugaban al fútbol todos los días. Entonces Carlos notó que gambetear en Ciudadela era más difícil que hacerlo en otro lado.

—Era un jardín de infantes.

Su papá, que sabía de las condiciones de su hijo y no podía creer que estuviera preso, fue a ver a Ernesto Duchini, a quien conocía de Chacarita, y en esa época era el director de las selecciones juveniles argentinas. Duchini esperó los siete meses que Carlos estuvo detenido. Cuando finalmente se encontraron, el veterano formador le preguntó qué quería hacer de su vida.

—Jugar al fútbol—contestó Carlos.

Duchini lo convenció de irse a Misiones, a jugar en Guaraní Antonio Franco. Le dijo que allá, lejos de Ciudadela, de las calles que se lo habían comido, iba a rehacer su carrera. Carlos viajó contento. La familia recuperó la sonrisa. Cuando llegó a Misiones, los medios locales lo presentaron como el porteño que iba a sacar al equipo de la mediocridad. Al principio, creyó el cuento de ser el salvador. Las rejas no habían borrado la facilidad para el engaño. Cuánto más rivales

gambeteaba en la liga regional, mayor era la alegría de su familia. La vida parecía acomodarse lejos de Ciudadela. Pero él sentía que le faltaba algo. Y ese anzuelo lo trajo de vuelta a su barrio. y del barrio se fue nuevamente.

Carlos cayó detenido nuevamente 16 días después de haber recuperado su libertad por robo a mano armada a una distribuidora de cigarrillos. Como para dejar en claro las cosas de ese momento en adelante, el destino lo subió al camión de traslado equivocado y terminó encerrado 23 horas por día en la cárcel de Caseros.

—Esa cárcel era para mayores de 21 años. Hasta el que me sacaba las fotos me cagó a palos. El juez no podía encontrarme para mandarme a Devoto, que era donde tenía que estar.

En Devoto celebró la primera copa del mundo que ganó la selección argentina de fútbol. Después de los festejos, Carlos se sentó a fumar un cigarrillo lejos de sus compañeros. Quería estar solo. Extrañaba Ciudadela. A su familia. El olor a pasto húmedo, a cuero de botines. De pronto no pudo controlar la sensación que llegó desde el pecho, arrastrando piedras de la garganta hasta desbordar de mocos la nariz, ojos y orejas. Tomar sol en la vereda. Con los ojos cerrados y el cielo de techo. Sentir el aire fresco en la cara y sonreír, como si la mente encontrase un recuerdo que abrigue. Fumar con el ruido de la persiana del taller mecánico subiendo; escuchar el silbato del churrero, la armónica del pescador. La banda de sonido de la libertad. El río de sensaciones lo despertó. Su pronuntuario lo había alejado del sueño. Tenía que cumplir la condena y volver otra vez al barrio. Ya con otra fama.

Al salir de prisión empezó a pasar tiempo en el bar, escuchando mentiras ajenas, imaginando las propias. No sabía que hacer de su vida. Pero el fútbol le tenía guardada otra sorpresa.

Dos goles en la final y campeón del torneo relámpago. Carlos contaba la plata cuando un antiguo compañero se acercó. Charlaron un rato, Carlos le confió por qué nadie lo había visto por el barrio en los últimos meses.

—¿Qué vas hacer?—preguntó el vecino mientras le convidaba un cigarrillo.

—¿Y qué querés que haga? ¿Qué agarre Clarín? —contestó con arrogancia.

El vecino esperó que el humo del tabaco desapareciera y disparó:

—Si vas a chorear, vení a chorear con nosotros.

El hombre de la oferta imposible de rechazar era “El Negro”, oficial de la división Robos y Hurtos de la Policía Federal Argentina. Así comenzó la relación con la patota cuyo jefe era el comisario que después se hizo famoso por escuchar a la familia del futuro presidente

Antes de cumplir los 21, Carlos debutó en la primera división del delito. Era el enganche de las patotas de la policía federal. Empezó combinando robos a mano armada con extorsiones a otros delincuentes. Los dólares siempre fueron el pilón. Mucha teca, biyuya, money. Carlos no tardó en tener el suyo. Parte del primer pilón fue a plazo fijo y otra parte del pilón un 25 de diciembre se fue a Miramar.

A los pocos días, la patota lo llamó para un trabajo importante. Prefirió el sol, el whisky y las mujeres. Simular ser empresario. Seducir y engañar.

Pero una tarde, mientras tomaba un café frente al mar, el informativo de la radio anunció el robo a un camión blindado frente al hospital Garrahan. Cuatro encauchados, sin disparar un solo tiro, se habían llevado un pilón de verdad. Carlos tuvo una premonición. Dejó un billete de cien en la mesa, corrió a su departamento, armó el bolso y volvió a Ciudadela, a buscar al Negro.

—Te la perdiste nene. Dijo el policía apenas se vieron.

Ese día juró que nunca más iba a dormirse en los laureles.

—Era un ambiente cerrado. Tuve que dar muestras hasta ser uno más de ellos. Los viernes pasaba por las taquerías a buscar mi piloncito para los gastos. Así aprendí a tener la oreja parada.

Con el tiempo, comenzó a infiltrarse en bandas de ladrones. Algunos morían en las ratoneras que planificaba junto a la patota para hacer estadísticas. Carlos confiesa haber participado en más de 100 homicidios o boletas, como prefiere llamarlos.

Otras víctimas tenían el dudoso privilegio de ponerle el precio a su libertad.

—Manoteábamos al autor de un hecho y le decíamos: Estás en naca ¿ves ese portón? Una vez que lo pasamos, cagaste. Tenés un minuto para que te escuche.

La tarea es la investigación previa sobre un objetivo susceptible de ser robado. Con el tiempo, Carlos se volvió un especialista. Si en el bar de Ciudadela o en la parrilla de Ramos Mejía donde pasaba las tardes alguien mencionaba algún robo o cargamento de drogas, él conseguía la información. Después seguía a la víctima hasta averiguar dónde guardaban la droga y dónde la plata.

El día del robo, sus padrinos avisaban al comisario de la zona que alguien de confianza tenía que hablar con él. El diálogo se repetía.

—¿Cómo le va señor? ¿bien?

—Bien Carlitos. ¿Qué tenés para hacer?

—Hay 10 kilos. Cinco son míos. Si tenés los dólares, te los vendo.

—¿Y si no?

—A veces es mejor agarrar un poco de mucho, que mucho de nada.

Carlos jura haber inventado el método 50/50 que todavía funciona con algunos buches.

—Ahora a los pibes les dan una bolsita y monedas. ¿El trabajo es mío y vos te llevás las condecoraciones, la plata, la droga? No. Voy con vos y ahí mismo repartimos la astilla. Si te quedás en la esquina, la yuta te pela.

Ser el oficial a cargo de los operativos policiales,almorzar con jueces, hablar con fiscales,soñar con la credencial de la Secretaría de Inteligencia de la Nación,matar hombres como moscas:nada parecía contentarlo.

A veces, los comisarios le daban la droga para que la vendiera. La ganancia se multiplicaba. Carlos hizo carrera en el uno a uno: podría ser millonario, como si hubiera hecho carrerajugando al fútbol. Pero hay algo que distingue a los hombres que fueron comidos por la calle:es la voluntad inconsciente a caer. Y las chances de caer, juran los que cayeron, siempre son tres: la nariz, la bragueta o el bolsillo. Carlos sufrió el bolsillo. Todo lo que ganó estafando ladrones y narcos, se lo llevó la ruleta y el hipódromo. Eso no le molesta. Lo que lo tiene a maltraer es el costo del tratamiento de la diabetes y las promesas de muerte.

—¿Qué siento de la traición? Yo no traiciono. No hay narco sí o narco no. A todos los narcos les cabe. Lo que tenés que medir es el efecto rebote. Decí que el muñeco no quiere que siga jugando, porque con barbijo está cada vez más fácil.

El “muñeco” no es el deté enojado por la indisciplina del enganche habilidoso: es el jefe de la Policía Bonaerense. Según Carlos, la enemistad nació en una estación de servicio de Parque LeLoir, cuando no quiso pagar el canon de un trabajo.

—No me siento buche. Laburo para un bando pero mezclado en el otro. Hago la tarea y ¿estos sucios quieren cobrarme? Le dije que vaya a trabajar. Ahora tengo un golcito rojo que me sigue. Y los taqueros me bajan laburos porque en La Plata soy persona no grata. A los 62 pirulos tengo que cuidarme de la diabetes y del jefe de Policía —me decía mientras caía el sol de la tarde calurosa.

La máquina que bloquea la señal de los teléfonos celulares sigue prendida. El comisario aprovecha la interrupción para charlar con Carlos sobre una tarea en proceso, que fuma, ríe y tose. El abogado llega de la cocina con una bandeja. Trajo más café y la pistola italiana que se compró. Está orgulloso. El arma es pequeña, puede esconderse en el puño de la campera y evitar cacheos. El abogado también pone sobre la mesa una especie de vara mágica, que barre paredes chequeando si hay micrófonos. La exhibición incluye un drone y el escáner que abre puertas. El abogado también quiere contar su historia. Pero ya es tarde: la

noche en Morón ocupa todo el ventanal del living. Hace frío. La despedida no se demora. Pero carga la promesa de un próximo encuentro para un día que no sea mañana a la mañana. Porque mañana a la mañana, los tres anfitriones, dicen, van a estar ocupados: tienen que ir a ver al secretario del juez federal, a dejar el pilón que necesitan para seguir trabajando.

El 90% de las personas que estudian estando presas, no reinciden.

Por Cristian Saavedra.

Según la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires (UBA), que a partir del año 1985 comenzó a dictar clases dentro de "La cárcel Devoto", los estudiantes universitarios en "contexto de encierro", en un 85% no reincidió. Por otra parte, los que sí lo hicieron, fue por delitos menores a los anteriores.

La educación es un derecho Constitucional, pero en gran parte de las cárceles de la Provincia de Buenos Aires no se cumple.

-Hace once años y nueve meses que estoy detenido. Los primeros que se olvidaron de mí, ni bien entré a un pabellón de una cárcel de máxima seguridad, fueron mi juez y el Estado. Siempre me acompañó mi familia. Con gran esfuerzo y esmero llegué al sector colegio y pude anotarme en el secundario. Terminarlo era un sueño para mí"- cuenta Cristian emocionado, interno de la Unidad 9 de La Plata.

El 13 de diciembre del 2013, entre traslado y traslado, recibe el título secundario, orientación Bachiller Contable, en la E.M.18 de La Plata, que funciona en la Unidad Penitenciaria n° 9.

-Mi familia y yo estábamos felices por el logro que obtuve estando preso, pero el Servicio Penitenciario Bonaerense (SPB) como recompensa, me trasladó a la Unidad Penitenciaria n°2 de Sierra Chica, eso provocó un gran retroceso en mis estudios por que también estaba inscripto en la carrera de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de la Plata, y gracias al pedido de un docente (Carlos Rapalini) me reintegraron a la unidad n°9 de La Plata y así pude avanzar en mis estudios.

En la Unidad 9 de la ciudad de La Plata, está el pabellón Universitario.

-El estudio me ayudó a formarme como persona de bien, y tener ciertos beneficios dentro de la cárcel. Hoy vivo en un Pabellón Universitario, donde se puede estudiar tranquilo, y contamos con una biblioteca que tiene cinco computadoras. Estamos entre muros y rejas, pero también entre libros y es ahí donde podemos percibir un poco de libertad.

El Centro Universitario funciona desde las 8:00 am. hasta las 18:00 horas. De lunes a viernes y cuenta con la auto gestión 100% por los internos.

-En la actualidad me encuentro cursando el cuarto año de la carrera de Licenciatura en Comunicación Social y pude terminar y recibir el título de analista de sistema, una carrera terciaria que también se dicta en esta unidad. Mi familia nota un cambio en mi persona y se alegran- dice convencido Christian, que mientras

cuenta su historia, va sintiendo desde la nostalgia y la angustia, hasta la alegría de saber que puede lograr cosas nuevas cada día, sin importar su situación de encierro.

“Crear conciencia en los compañeros, y que entiendan que la Educación es un Derecho y no un va beneficio, que le puede cambiar la vida a toda persona, no fue una tarea fácil en este lugar.

Cristian se postuló en la candidatura para los puestos directivos de Centro de estudiantes y fue elegido por el 80 por ciento del estudiantado. Su gestión comenzó en 2016. De ahí en más comenzó con la organización de Talleres y de esa manera empezaron a sacar a los pibes de los pabellones para llevarlos al sector universitario.

“Somos todos compañeros”, asegura Cristian. Y continúa, “siempre a pesar de mis propias desgracias, estaba atento para ayudar a mis compañeros estudiantes de la unidad”.

En la gestión presidencial del (CEUSTA) se pudo lograr que el servicio autorice cursos de alfabetización para más de 60 adultos, taller de Alfabetización Cívico-Jurídico, Taller de promotor de salud, talleres de música, teatro y, algo muy importante fue poder adquirir cuatro antiguas leoneras (lugares donde se depositan personas en hacinamiento y malas condiciones de salubridad) y convertirlas en cuatro nuevas y extensas aulas para beneficios educativos y así contener a muchos internos más.

Todo esto está registrado en la coordinación del centro, que labra actas de cada hecho que acontece, dejando debida copia de todo al SPB, con sellos, firmas y fechas. Estos proyectos fueron acompañados por el juez de Ejecución n°2 de LA Plata Dr. Villafañe José Nicolás, quien además es padrino del (CESUTA) el Señor Juez de ejecución del partido de Necochea, el Dr. Mario Alberto Juliano y la jefa de Educación y Cultura del Servicio penitenciario de la Provincia de Bs. As., la Sra. Gabriela Ríos. Ellos fueron dieron estímulo educativo a los diversos talleres y cursos profesionales que se dictan en las instalaciones áulicas del (CEUSTA) como incentivación a seguir reproduciendo y compartiendo el conocimiento con los demás internos que aun, no han podido llegar al sector colegio.

Los privados de la libertad, sufren la superpoblación y el hacinamiento que atenta contra el derecho a la Educación y mucho más.

“Son muchos los internos que quisieran ir a estudiar, pero no pueden por no haber cupo en el sector colegio, esta unidad tiene capacidad de 1450 presos y somos 2009. En el sector colegio durante todo el día solo pueden llegar, no más de 500 internos en los tres turnos, mañana, tarde y noche. Siendo que esta unidad penitenciaria es la que cuenta con mayor capacidad física en el sector colegio a comparación de otras unidades penitenciarias”, explica Cristian.

Cristian afirma que “estudiar no es cosa fácil en contexto de encierro, donde

abunda la maldad, el horror, el abandono y el desprecio por el ser humano. Solo quienes visitan las cárceles (familias, entes gubernamentales y ONG, pueden visibilizar solo un 30% de las atrocidades que vivimos en las cárceles bonaerenses”.

El ministro de Justicia, **Julio Alak**, afirma, “La educación tiene un rol fundamental, la mayoría de nuestros internos, carece de educación secundaria y en miles de casos de educación primaria y muchos son analfabetos. Es necesario que las unidades penitenciarias, se conviertan en centros de educación y trabajo” y agrega el ex Intendente de La Plata; cuando el interno accede a la educación universitaria el nivel de reincidencia es 0”.

En Florencia Varela los espacios de encierro quieren ser modelos de educación y, según su Intendente Municipal Watson, “estamos convencidos que la educación es fundamental. Creamos un pabellón con tecnología de zoom y aulas para más capacitación. Estamos absolutamente convencidos de la reinserción social. Mientras más capacitación tenga más herramientas van a tener”.

La cantidad de reclusos que participa de la actividad universitaria crece cada año. Para dimensionar la participación de la comunidad carcelaria en Proyectos educativos alcanza con ver los números del programa UBA XXII, que en 2019 registró 2.053 alumnos en las distintas dependencias donde la institución está presente.

Estudiar en pandemia

La llegada del COVID-19 al país hizo que las dependencias carcelarias se cerraran para el ingreso de docentes de todos los niveles de educación. Gran cantidad de alumnos quedó a la espera de una pronta solución para continuar con sus carreras universitarias.

El integrante del Grupo de Estudio sobre la Educación en Cárceles (GESEC), formado en el 2002, Francisco Scarfo, afirma que, “el principal problema al que se enfrentan en este contexto de pandemia es el dictado de clases, porque los docentes no pueden presentarse, y el segundo es la conectividad, tanto para alumnos como para docentes. Si bien hay reclusos que tienen celulares autorizados, no tienen un libre acceso a internet y prefieren usar los datos para comunicarse con su familia”.

Hasta que el Estado logró llegar y hacerse cargo en ciertas unidades penitenciarias que hace años vienen sufriendo falencias en términos educativos, tuvimos que escuchar a la ex gobernadora bonaerense María Eugenia Vidal, decir: “ los pobres no pueden llegar a la universidad”.

La UNLP, presentó al Ministerio de Justicia un programa de continuidad pedagógica durante la emergencia que contiene varias medidas, como la entrega de materiales de estudio, fotocopias y útiles, a cambio de conectividad.

Tristán Basile, coordinador del Programa de Acompañamiento a Estudiantes Privados/as de la Libertad, explica que, a partir de la pandemia, hubo “dos pilares que se quiebran: por un lado, la presencia de los docentes en las cárceles, y, por otro, que los detenidos puedan asistir a rendir”. En este contexto, tuvieron un marco de acción, ya que se autorizó el uso de teléfonos celulares con los estudiantes para mantener el vínculo pedagógico.

Es por todo esto que a 40 años de la creación del CEUSTA 29 noviembre de 1992 al hoy, diferentes agrupaciones populares como “Atrapa muros” (educación en cárceles), varios organismos no gubernamentales y algunos estatales y principalmente la UNLP, siguen apoyando para que las personas privadas de la libertad, puedan seguir avanzando en las carreras universitarias y así forjar un futuro mejor, para ellos y también para sus familias y toda la sociedad en conjunto.

Crónica musical

Por Pablo Federico Verón Visconti

Estoy en el vestuario. Les dije a mis compañeros que me olvide algo, que banquen, que solo tardaría cinco minutos nada más, pero la verdad no doy más de los nervios. Me tiemblan las patas, siento la sensación de que me voy a acalambrar todo, el corazón me late a mil. Mis compañeros están igual que yo.

Desde mi experiencia en otros grupos pareciera que siempre hay una primera vez, cada show es distinto, es único y especial. Se oye el murmullo de toda la gente en el salón, está lleno, desborda. Empezaron a aplaudir. ¡Dios, cuántos nervios! Espero que todo salga de diez, que le guste al público nuestra actuación, que se vayan contentos, para eso hemos ensayado tanto tiempo. Abro la canilla y el agua se escurre entre mis dedos para mojarme la cara, respiro profundo, me miro en el reflejo del espejo y me digo: ¡Vamos che que hoy la rompemos! Mi cuerpo se energiza. Con coraje y fuerza salgo al encuentro de mis compañeros.

Todo el salón está preparado. Se trabaja arduamente para que la visita sea un momento agradable con nuestros familiares y amigos. Intercambiamos sonrisas, abrazos, charlas, mates, un almuerzo y a veces también lágrimas. Siempre va a ser nuestra familia a pesar de la circunstancia. Sabemos que algún día regresaremos a casa, nada es para siempre. Veo familias de compañeros nuevos, sorprendidas de ver un grupo de música en la cárcel.

Todo listo. Se siente esa magia en el escenario, equipos encendidos, se escucha un sonido de acople, pero es mínimo. Enseguida Germán, nuestro sonidista, -atento como siempre-, lo soluciona.

Faltan segundos nomas, todos están en sus puestos, los instrumentos afinados y el animador nos está presentando. Miro a mis compañeros y ellos a mí.

-¿Estamos listos compas?

Me responden inclinando sus cabezas.

-OK. Arrancamos.

Digo las palabras mágicas: Un... Dos... Tres...va.

Empiezan a sonar las melodías de las cuerdas en todo su esplendor. La percusión lleva la base de tiempos. Resalta el repiquetear de los tambores y el platillo marca los cortes a la perfección. Las voces suenan con claridad y expresan la emoción al narrar la letra de la canción. El grupo suena en armonía. El sonido es nítido. ¡Perfecto...qué grande Germán! Empiezan los primeros pasos de baile en la pista, que se va llenando mientras se suman más parejas atraídas por el ritmo de la canción. Otros acompañan desde las mesas con cánticos y palmas.

Estamos cumpliendo con el concepto de música que “es el arte de combinar melodía, ritmo, tiempo y armonía”, pienso mientras recuerdo cuando enseñaba música en los talleres.

Estoy más relajado, todo marcha bien. En la pista la gente baila contenta. Giro la mirada y veo las caras de mis compañeros. Alegría plena por el momento que estamos viviendo, se disfruta. Realmente valió la pena el tiempo invertido: los ensayos, las alegrías, risas, discusiones, cosas que pasaron durante meses para nuestro debut y los shows que están por venir. Entonces vino a mi mente el momento preciso de cómo comenzó todo...

El Comienzo

Nos pusimos de acuerdo, somos cinco muchachos (José, Marcelo, Federico, Rubén) quienes hemos equivocado el camino, pero es el deseo de mejorar lo que nos motiva. Así, entre otros tantos proyectos y actividades que realizamos aquí, surge la idea de hacer música en la cárcel. Parece complicado, ¿no? Bueno un poco sí, pero no tanto.

José, toca la guitarra, Federico la batería y tiene conocimiento en otros instrumentos como el violín. Según él, toca muy bien, aunque nosotros nunca lo hemos podido escuchar. Marcelo Expósito toca el bajo y los timbales. Rubén Zapatero canta y lo hace muy bien. Todos hacemos coros. Practicamos duro para estar presente en los eventos que se vienen. Mi nombre es Francisco García, soy el impulsor del proyecto y líder del grupo desde que empezamos hace cinco meses.

Particularmente me agrada la música clásica y es ahí de donde surgió la idea de formar un grupo musical. Justamente en el patio de la cárcel, cuando hablábamos con Marcelo sobre la vida de un gran músico alemán de la edad media. Él no podía creer que alguien sordo pudiera componer música clásica. Claro, -acoté- que Beethoven desde su juventud componía sus obras y que al quedar sordo las tocaba de memoria, recordando cómo sonaban las notas musicales. Entonces Marcelo, entre risas, señaló a Rubén que estaba con un problemita en la pierna y caminaba por el patio de recreo del pabellón. Le faltaba una rótula y rengueaba. Le ocurrió cuando trabajaba en la calle.

Marcelo dijo: “Míralo al rengo Rubén. Si armamos un grupo podría ser otro Beethoven, en algo son parecidos, los dos son minusválidos”. Luego pareció retrotraerse y quedó mudo. Así es Marcelo, pasa de un estado de ánimo a otro. Pienso que debe ser la cárcel, el encierro, los años.

Le pregunté qué le pasaba, entonces él me dijo:

-¡Nosotros qué música vamos a hacer! ¡Nunca seremos nada en la vida!

Me conmovió y decidí poner en marcha la idea de armar el grupo musical, como forma de alentarlos. La tarea no sería fácil, teníamos que convencer a otros

compañeros para que nos acompañen en esa aventura.

La búsqueda incansable

Empezamos a buscar personas que supieran tocar instrumentos o que tuvieran conocimientos musicales básicos para iniciar un grupo musical. Los buscamos entre los compañeros del mismo pabellón y decidimos realizar una preselección, entrevistando a posibles candidatos. Con Marcelo nos reíamos y le recordaba la formación de los Beatles, que empezaron conociéndose en forma casual en Liverpool. Marcelo conocía la historia, pero igual me escuchaba. En la cárcel hay personas que saben tocar instrumentos, pero pertenecen a un grupo que se dedica a cantar y tocar música para los oficios religiosos y no les permite tocar música que no sea de su comunidad, música que llaman mundana. Así quedaban buenos músicos fuera de las alternativas. Las entrevistas que llevamos a cabo con Marcelo no dieron resultado. Algunos decían que sabían cantar, pero en realidad desafinaban, otros solo buscaban distraerse, pero muy pocos lo tomaban en serio, como nosotros.

-Bueno, decime: ¿Sabes tocar la guitarra?

Rubén respondió con total seguridad.

- ¡Si! Se tocar guitarra y también teclado.

-Muy bien entonces. ¿Cómo se hace para afinar una guitarra, si está desafinada?

Sin dudar tomó la guitarra y comenzó con el proceso de afinación. Lo miraba atento como giraba las clavijas buscando el sonido exacto. Ya afinado el instrumento, luego de un breve y suave arpeggio, comenzó un rasgueo y empezó a cantar "Zamba de mi esperanza", como para que no quedaran dudas. El tema sonaba muy bien y la guitarra también. Dejó la guitarra a un costado, me miró y agregó:

-Bueno, ¿Van a tomarme o no?, para el grupo digo... Tan larga la van a hacer, che.

-Sí, pero te agrego algo, el perfil del grupo no es folklórico sino más de tinte cumbiero. En realidad hacemos casi todos los géneros musicales pero la cumbia es un ritmo bastante alegre, conocido y siempre está de moda. Creemos que es un buen impulso para empezar el proyecto con fuerza y nos va a animar un poco las angustias del contexto carcelario.

-¿Te imaginas Rubén si hacemos covers de canciones tristes? El contexto en el que estamos no ayuda mucho, pero es hasta que nos acomodemos. Después de todo, la música es altamente positiva, ayuda a canalizar, a expresarnos. De todas formas, vamos a interpretar toda clase de géneros, desde rock nacional, folclore, latinos, románticos y porque no también tangos...

Rubén dijo... "Tengo experiencia con el tango, mi viejo es un fanático del 2x4.

En casa siempre escuchaba a los grandes, desde Hugo del Carril, pasando por Angelito Vargas y Carlos Gardel. A mí personalmente me fascina la orquesta de Aníbal Troilo, Pichuco. También escuche a Piazzola que es un innovador, un sentimiento que se puede bailar.”

Parecía que el tipo sabía de lo que hablaba. En la entrevista estaban Marcelo, José, Federico y yo. Sabía que a Federico no le gustaría que este en el grupo alguien con más conocimiento de música que él. Lo miré para ver qué decía y pude ver en su rostro un signo de aprobación.

-Bueno, ¡Que Dios lo bendiga!

Marcelo que no creía en nada, lo miró atónito y le dijo:

-Che, si vos sos tan religioso, ¿Cómo cometiste un delito?

Se hizo un silencio profundo. Yo ya adivinaba la pelea. Seguramente Federico le contestaría con un impropio, pero me sorprendió, rio y no dijo nada. Lo miré a Marcelo como si le dijera: ¿Andas buscando quilombo?, y agregó: “Me parece que cuando salga de acá se va a hacer monja...”

Todos se rieron de la broma, Se reían de la denigración, pero esa eran las reglas en este lugar.

Los ensayos

El día se presentaba auspicioso. Nos reunimos en un salón y empezamos los ensayos, pero antes no podían faltar unos mates, como símbolo de unión. Le tocaba cebar al Rengo porque había perdido la apuesta. Le dijimos que no se animaría a decirle una “gilada” al encargado cuando nos hiciera “la guerra” para no dejarnos ensayar (en realidad no era que pusiera obstáculos sino por los protocolos de seguridad, que en la cárcel deben ser observados).

José tomó su guitarra y empezó el punteo de un tema que nos gusta a todos. Al instante se sumó la batería y una vez conformada la base el resto de instrumentos. Comenzamos a cantar. Sonaba perfecto. La letra de la canción era muy triste y Federico comenzó a recordar a su primera novia, a quien había conocido en su provincia natal. Se ponía melancólico cuando recordaba sus buenas épocas (porque acá en la cárcel, no le había ido muy bien. Todas eran malas). Entonces paramos la práctica y Marcelo nos apuró.

-Che, dejémonos de joder y practiquemos, que vamos a sonar muy mal el día del estreno de nuestro grupo...

Todos nos miramos. ¿A qué se refería cuando dijo el día del estreno? Nadie lo sabía. Entonces el Rengo pregunto:

-Francisco ¿cuándo vamos a estrenar la obra?

Lo miré y entendí. En sus ojos vislumbre un hilo malicioso y le dije:

-Bueno cuando aprendamos a lograr dominar a la perfección la armonía del grupo (triada formada por el ritmo, tiempo, y melodía musical) y dijo:

-Porque cuando salga, me voy a dedicar a la música.

Todos rieron...

Federico agregó: "Y si, es una profesión tranquila y seguramente ganaremos la re guita..."

La respuesta de Marcelo no se hizo esperar, casi como un latigazo lanzó:

-¡Vos siempre pensando en la plata! La vida no es sólo plata, hay otras cosas también mi estimado compañero...

Antes que pudiera responder, José -con su templanza- se levantó y encendió un minicomponente. Comenzó a sonar un tema romántico. Todos interpretamos la acción como un recreo. Cada uno se levantó y fue a tomar algo mientras Federico miraba con odio a Marcelo. Cuando giré para volver al lugar donde teníamos los instrumentos, ya era tarde. Marcelo y Federico estaban trenzados en una pelea feroz. Los dos con facas, se estaban midiendo. Parecían tener alguna experiencia en la pelea con cuchillos. Los otros se replegaron sin intentar mediar en la lucha. Marcelo saltaba como un gato en el aire, realizando movimientos exagerados para amedrentar a su contrincante. Federico le tiraba cuchillazos que buscaban el pecho de su adversario. Ambos resoplaban con dificultad. No se veía miedo en sus miradas. Estaban decididos. Repentinamente, Marcelo tomó el palo de una escoba y lo partió en dos contra su pierna, arrojando el otro pedazo hacia el costado y el más largo comenzó a blandirlo con su mano izquierda. Realizaba movimientos para abrir paso al puñal que tenía en la mano derecha. Esta acción pareció darle ventaja sobre Federico, que sólo tenía un cuchillo en su mano derecha. Por un momento el tiempo se detuvo. Los peleadores aminoraron sus movimientos. Parecía que querían dejar de pelear. La razón volvió a sus mentes en un espacio de tiempo tan reducido que era necesario aprovecharlo y así lo hice. Me interpuse entre ellos y los separé tirándole patadas a las manos que sostenían los cuchillos. El movimiento era torpe comparado con la habilidad de ellos, pero parecieron entender y cambiaron de actitud. Ese día el ensayo se suspendió.

Creadores o imitadores

- "Bueno guacho, ahora banca", le dijo el Rengo a Marcelo porque tenía una pequeña cortada en el dedo, producto de la pelea con Federico. Entonces intercedí:

-Para Rengo, porque no hablas bien che. No te acostumbres a hablar con la jerga tumbera. Vos sos persona, un futuro abogado (estaba estudiando derecho

en la cárcel), ¿Qué es eso de “guacho”?

-¡Se hace tarde che, vamos dale!-Les grité para que preparen los instrumentos. Dentro de una hora tocamos ante público en el salón de visitas.

Después del gran debut, la gente que nos escuchó nos aplaudió con entusiasmo. La meta había sido conseguida, el grupo estaba consolidado. Días posteriores fue creciendo una idea en nuestras mentes. Nosotros tocábamos temas de gente consagrada en la música, pero ¿Seríamos capaces de crear nuestras propias canciones? La tarea es difícil pero no imposible. La cárcel no da mucha inspiración. Las posibilidades se ven restringidas, entonces Marcelo que no quería mucho a los ingleses me pregunto:

-¿Cómo hacían los tipos esos que nombraste, del grupo ese, los Beatles? Porque ellos empezaron tocando temas propios, ¿no?

Lo miré entusiasmado. En mi mente me veía coronado, famoso, adinerado, rodeado de hermosas mujeres, flashes, lujosos coches y casas espectaculares. Pero no le dije nada de eso a Marcelo. Me guardé muy bien mis sueños pero le dije:

-Si logi, vos sabes que me gusta la historia de la música y que los Beatles antes de ser conocidos empezaron practicando temas de otros tipos, hasta que encontraron temas propios y un estilo original. El ritmo de moda en esa época era el Skifle. La batería marcaba el ritmo, la guitarra y el bajo y luego se agregaban los coros...

Marcelo me miró y dijo...

-Ah, bien, pero y ¿Cuándo comenzaron a escribir su propia música?

Muy inteligente tu pregunta. Cuando ellos empezaron a componer se hicieron famosos y crecieron como grupo musical. La cosa es difícil, quiero decir, es más fácil ser un imitador que un creador, ¿Entendés?

Después de muchos años y teniendo la suerte de tener buenos managers, contratos musicales y todo eso, se consagraron. En sus primeros discos tenían temas propios junto con músicos ya consagrados, pero eran los menos, ellos ya habían pasado de ser imitadores a creadores. Andaban de gira por otros países como Alemania. Tocaban en jornadas extenuantes en La caverna, un club nocturno de moda en Londres.

Marcelo volvió a mirarme y me pregunto:

-Bueno y la fórmula para crear música, ¿Cuál es?

Lo miré fijamente a los ojos y le dije con voz misteriosa...

-Inspiración compa...inspiración.

Entre miradas y un silencio pensante, le dije:

-¡Qué sé yo, pedazo de gil! Si supiera ya sería millonario o hubiera inventado la Coca cola, ¿No te parece? Pero no por eso debemos dejar de intentar y crear temas propios. Esa puede ser la diferencia entre la fama y el anonimato, entre la riqueza y la pobreza. La cuestión es intentarlo.

Aventura de solidaridad

Proyecto de Educación. Un plan novedoso logra su meta

Por Carlos Eduardo Smith

En Córdoba, en plena pandemia, profesores y alumnos elevan una creativa propuesta de aprendizaje, para que sea autorizada por el Ministerio de Educación en el 2020.

En La Cumbrecita, el Director de la Escuela Secundaria, Santiago Ponta, profesor licenciado en Educación y el Profesor Emilio Conte, se reunieron en busca de una solución ante la negativa de crear una Escuela Secundaria. Las autoridades de las Altas Sierras, cerca del cerro Champaquí, aludían a que sólo cinco alumnos habían egresado de la Escuela Primaria y que los gastos no se justificaban.

El proyecto era creativo y factible de realización. Consistía en un intercambio de aprendizaje entre alumnos del Institutode La Cumbrecita y los cinco nuevos que ingresarán a primer año.

Cada quince días, uno de los profesores y tres alumnos de Sexto Año, realizaron la difícil travesía de llegar hasta el lejano lugar para lograr los encuentros. Llevarían material pedagógico y elementos necesarios para las familias.

El entusiasmo, la actitud y el buen recibimiento, los unía en una inmensa alegría.

El 15 de abril del 2020, abrigados, partía la pequeña caravana en distintas mulas y en total silencio, muy atenta a la senda de piedras y a los declives del suelo, iniciando el primer viaje de tres horas a las remotas tierras.

Ese viernes, Giacomo, el Director, llegó temprano porque partirían a las seis de la mañana. Montaron. El guía del camino por las Altas Cumbres sería Martín, el alumno de sexto que conocía cómo llegar. Había vivido muchos años allí y tenía familiares que visitaba, además, conocía dónde quedaba la escuela primaria.

Era un desafío muy grande y la marcha un permanente peligro. Muchos habían querido desanimarlos, diciéndoles que era una tremenda locura hacer ese viaje por una senda intransitable, ya que los animales la habían diseñado buscando pasto tierno. Nada los desanimó. Martín encabezaba la fila india de los otros cuatro.

Emprendieron la aventura, hasta las mulas estaban decididas a llevarlos hasta la base del Cerro Champaquí, soportando el difícil y accidentado viaje de tres horas. Iban subiendo lentamente, en silencio, con la vista puesta en las piedras y en los arroyos que surcaban uno de los laterales, casi sin agua por la escasez de las lluvias.

Después de una hora, el andar se hacía más riesgoso, aunque las mulas eran baqueanas por el ripio de las sierras. Animales y hombres sentían sed.

Uno les daba agua, otro controlaba que no hubiera pedregullo entre las pezuñas y descansaron 15 minutos. El peso que cargaban también se hacía notar. El recorrido exigía un andar pausado. La cuesta se hacía más empinada y la fuerza de cada mula, más intensa.

Recuperadas las energías, avanzaban lento, pero con decisión y llegaron a las 8:00.

Tocaba el segundo descanso, cuando una tenue llovizna los enfrió un poco, pero no los perjudicó. Agradecían que nadie se haya caído del barranco y que podían seguir.

Martín les gritó: "Aguanten que falta poquito". El entusiasmo creció y pocos minutos después divisaron entre las enormes piedras el ranchito, una precaria pero hermosa escuelita rural de las Altas Sierras. Apenas habían pasado unos minutos de las 9, cuando cinco chicos corrían a su encuentro. Juan, Yahel, Tobías, José y Tomás, se adelantaron a recibirlos con la mejor sonrisa como si los conocieran.

Habían llegados después de andar largas distancias, unos a pie, otros en mulas. Vestidos muy humildemente, pero con ropa limpia. Reflejaban la digna pobreza de sus familias. Todos deseaban progresar y conocer un futuro mejor. Después de saludar, sin tener presente la pandemia, que allí no había incursionado, nacieron los abrazos, sonrisas y palmadas que calentaron el ambiente humedecido por la llovizna.

Ubicados en el ordenado rancho se miraban ansiosos. Giacomo tomó la palabra, les detalló el plan y la confianza se hacía más notoria. En la pequeña aula se vivía la misma sensación de estar en una capillita. El silencio, el respeto, la suavidad de las palabras, todo enlazado por el cariño. Todos mostraban un brillo humedecido por la emoción.

El más sensible era Giacomo y en aquella situación tan especial reaparecieron las homilías de su época de sacerdote. El valor de la persona, el reconocer dones y valores, el vivir ejemplos de Jesús, la confianza en Dios, el enriquecerse como individuo, el optar por el bien, surgían suavemente de sus palabras. Se habló también de la perseverancia en los estudios durante los siguientes años y el cuidado de la salud. Esa nueva relación también los haría crecer espiritualmente y el Director, quien ahora era uno más entre ellos, sabía cómo atraerlos y qué herramientas necesitaban para avanzar y estar en la Escuela Secundaria.

Era fundamental saber sus nombres, contar sus historias, conocer cómo eran las familias y por qué deseaban seguir estudiando. Contaban, dialogaban, opinaban, todo con entusiasmo. Para todos, ese encuentro sería inolvidable. El primer día de clase en la escuela secundaria comenzó con una oración de agradecimiento, confianza, esperanza, pedido de ayuda a Dios y su bendición.

Después vendría el momento del desayuno. Disfrutaron el pan, el queso de ca-

bra y un perfumado café con leche que la dueña del ranchito preparó para todos.

Cerca de las 10, los alumnos iniciaron las clases, adecuadamente preparadas en fichas. Comenzaron con Lengua. Los chicos leían los textos y con el apoyo de los alumnos visitantes trataban de interpretar. Cada materia ocupaba dos horas de clase. El Director hacía comentarios, daba opiniones y confirmaba con preguntas si el tema estaba comprendido.

Pese al frío reinante, un buen recreo venía muy bien. El peloteo, las corridas y el solcito cordobés era generoso y los entibiaba.

Seguían otras dos horas de clases de Matemáticas. Otro de los alumnos tomó la iniciativa para recordar lo que habían visto en el último año de primaria y asociarlo al tema nuevo.

Algunos confesaban recordar poco, pero prestaban atención y se iban engan- chando con las explicaciones. Los ejemplos, colocados en láminas, despertaban curiosidades que iluminaban los rostros de los pequeños.

—“¿Profe, lo veremos otra vez? Yo no recuerdo casi nada”. Una mirada de sus- to acompañaba sus palabras, pero el alumno que explicaba lo tranquilizó: “Lo aclararé con ejemplos en las próximas clases y entre todos resolvemos los ejer- cicios. No se asusten. Poco a poco irán acordándose. Tendremos en cuenta que algunos terminaron la Primaria hace dos años”.

Se miraron entre ellos y Oscar añadió: “Yo este tema lo aprendí muy bien el año pasado y puedo ayudarlos para que lo comprendan”. Se hizo un silencio total y las sonrisas aparecieron.

Llegaron las doce. El dueño del rancho había asado un cabrito y los esperaba para compartirlo. El grupo plenamente feliz, se sentó en unos bancos que ha- bían repartido al sol y rellenaron los panes que habían comprado en La Cumbre- cita.

Parecía que ese era el mejor asado de cabrito disfrutado en la más deliciosa reunión de amigos. El Director pleno de felicidad propuso: “¡Un brindis por el encuentro y el éxito de los chicos!”

Relajados se contaban costumbres de cada familia, donde vivían, el aporte fun- damental de los abuelos, la crianza de animales, la falta de verduras y frutas en la alimentación. La vestimenta de los chicos reflejaba la pobreza, por eso la opción por progresar con el estudio se hacía más valiosa. Se admiraban pese al escaso tiempo de conocerse.

Cuando uno de los grandes advirtió que la ropa de Yahel estaba en malas con- diciones, le ofreció un abrigo, porque pese al sol, la temperatura no había au- mentado tanto y el viento no se apiadó de ninguno. Con voz casi vergonzosa dijo: “¡Muchas gracias!”. Las zapatillas muy usadas dejaban ver que no tenía medias y por suerte, uno le alcanzó un par, que de inmediato se las puso. Yahel

pertenecía a la comunidad aborigen, el grupo más pobre de los alrededores. Prometieron traer una campera. Uno de los compañeros comentó: "Mi abuela me tejió medias de lana de llama y son calentitas. El próximo encuentro te traigo de regalo un par". Uno de los chicos se acercó y le acarició la espalda. Era Juan quien había sido su compañero de banco en la Primaria, el que le devolvía el ánimo necesario para seguir en la lucha.

Los lazos de amistad se afirmaban en ese encuentro, donde reinaba el cariño y la solidaridad. El almuerzo finalizó cuando uno de los visitantes repartió una banana.

Llegó la hora de descanso, algunos se quedaron adormecidos, pero dos de ellos prefirieron comentar todo lo que habían vivido llenos de emoción. Consideraron esa primera clase un regalo de Dios.

Faltaban dos horas más de clase, esta vez de Geografía, que transcurrieron con una visión muy positiva y que los llevó a un asombro total cuando un enorme mapa los ubicó en Córdoba, cerro Champaquí y el lugar aproximado donde el rancho se había convertido en escuela secundaria.

¡Qué hermosa clase de Geografía! –Dijo Tobías- ¡Nunca imaginé la distribución de nuestras casas y las distancias entre ellas! El asombro era general, porque eso no lo habían visto antes. Los chicos se animaban a preguntar más y más. Comprobaban en el mapa el recorrido que el grupo había hecho para llegar hasta allí y que tendrían que hacer en el próximo encuentro. Marcaron en un croquis por dónde les convendría ir para asegurarse un buen viaje. Entonces conocerán a los compañeros cordobeses del mismo año. Con ellos compartirán aprendizajes, proyectos y planificación con los profesores de cada asignatura. La próxima vez, pasarían dos días en una hermosa carpa levantada en el patio del colegio con el fin de dar inicio a las materias restantes.

Además los alumnos de sexto les contaron que la primera noche harían un fogón, para darles la bienvenida. Además les proponían entonar canciones lugareñas al compás de la guitarreada.

El tiempo avanzaba y el sol se iba escondiendo detrás de las sierras. La despedida fue promisoria. Abrazos, sonrisas, agradecimientos, saludos para las familias, felicitaciones por sus actitudes. Todo se aunaba como si la convivencia fuera una amistad de mucho tiempo.

Juan prometió: "Yo llevaré el chivito para el segundo asado, que será más grande, porque seremos más". Como colaborador de la situación venidera, José anunció que su abuela le prepararía unos panes con chicharrón hechos en el horno de barro. Todo acordado. La satisfacción se notaba en cada rostro al terminar la jornada. Con un "Hasta pronto, chicos" y "Adiós, gracias, adiós", iniciaron el regreso. Sólo las crestas quedaban iluminadas.

Todo estaba calculado para que a las 20 horas estuvieran llegando. Dos pode-

rosas linternas alumbraban la angosta huella, porque aunque ya conocían, el peligro los mantenía atentos.

De nuevo, la fila india, la atención, pero ahora con la enorme satisfacción disimulaban el cansancio y aumentaban la felicidad. Lo vivido creaba emociones, responsabilidades y la firme decisión de seguir con el proyecto educativo. El silencio y la oscuridad los envolvían cuando finalizaba la travesía.

Volver a Empezar

Por Nahuel Avilés

El epicentro del virus del coronavirus fue en China, más precisamente en Wuhan. Se produjo el primer caso el 17 de noviembre de 2019. Es una enfermedad infecciosa denominada SARS-CoV-2, que se transmite a través de las partículas de saliva de una persona infectada. Estas gotas son pesadas para permanecer suspendidas y caen sobre el suelo o las superficies. Este virus causó que la mayoría de los países entren en cuarentena para no extender el contagio. En muchos países los hospitales no daban a basto, las personas que no podían ser atendidas morían por las calles y los cementerios no tenían más lugar. Temíamos que en nuestro país sucediera lo mismo.

El día 3 de mayo de 2020, se detectó el primer caso de Covid-19 en Argentina. Era un hombre que volvía de pasar sus vacaciones en Europa. Después de varios casos confirmados de covid, el 20 de marzo el gobierno nacional decretó un aislamiento social, preventivo y obligatorio para toda la población. La medida buscaba restringir la propagación del virus, diciéndole a la gente que no salgan de sus casas, cortando el acceso a las rutas nacionales, cerrando fronteras y permitiendo la circulación solo de los trabajadores esenciales. Todo el mundo temía morir por el Coronavirus. El que salía a la calle veía todo desolado. Plazas vacías, locales cerrados y casi ni autos en las ciudades. Se detuvo el país. El virus había traumatizado a muchos, pero igual la gente se contagiaba y moría. Los hospitales se estaban llenando de casos. Los médicos no daban a basto. Las salas de terapia intensiva de hospitales y clínicas estaban colapsadas. Se armaron centros de internación precarios en clubes, facultades, sociedad de fomento y se seguían llenando de infectados. La medida duró varios meses, hasta que finalizó el 8 de noviembre con un total de 234 días de aislamiento.

Mientras que el virus seguía haciendo estragos en todo el mundo, países como China, Inglaterra, EEUU y Rusia empezaron la fabricación de vacunas. Les llevó poco tiempo prepararlas y hubo un poco de esperanza para el mundo.

Argentina junto a México empezaron a producir la vacuna contra el Covid, que surgió de una alianza entre la universidad de Oxford y el laboratorio de AstraZeneca. En nuestro país se eligió el laboratorio Mabxiense como productor de la sustancia. El presidente Alberto Fernández dijo que “es un reconocimiento a la calidad de los laboratorios argentinos” y confirmó que “esto permitirá acceder a precios más razonables de la vacuna”.

El jueves 24 de diciembre los medios empezaron a mostrar las imágenes de los aviones que llegaban de Rusia con las primeras 300.000 dosis de la vacuna Sputnik V. Llegaba la inmunización para los Argentinos que sería distribuidas en todas las jurisdicciones del país.

Las primeras dosis eran para las personas mayores de 60 años y con factores

de riesgo. Sólo tenían que sacar turno a través de una plataforma virtual, llenar un formulario y esperar que les confirmen el día y horario de aplicación. El 29 de diciembre iba a comenzar la campaña de vacunación en todo el país.

La mire a mi mamá y la abraza. Ella tiene 62 años y es una persona de riesgo. Estaba contenta. El encierro no le gustaba pero la teníamos que cuidar. Con la vacunación iba poder volver a su rutina. De a poco todos íbamos a volver a la normalidad y al trabajo.

Le hice preguntas a las personas que se habían vacunado y lo comenté con mis amigos. Uno de ellos me invitó a la casa de su tía que se había vacunado y no había tenido ningún problema. Era de Villa Azul, en Wilde. El lugar había sido confinado durante un mes para contener los contagios. El personal de salud llamaba puerta por puerta para detectar casos porque una casa estaba pegada a la otra. Había muchos pasillos y música por todos lados.

Toque la puerta de una casa vieja y descuidada por fuera. Salió una señora de pelo blanco que caminaba con un bastón. Se llamaba Ofelia y me invitó a pasar. "Mi sobrino me avisó que venías", me dijo. Preparó mate y cada uno tomó el suyo. Me puse cómodo y empecé con las preguntas: ¿Qué te pasó cuando decretaron el cierre del barrio?

-Era algo que me imaginé porque la gente andaba como si nada. Las canchas de fútbol estaban llenas. Como habrás visto cuando entraste, hay muchos chicos en todos los pasillos y fiestas casi todos los días. Sentí mucho miedo, no te lo voy a negar. Después de mucho tiempo entró la policía a la villa, fue para concientizar, para que la gente se cuide. Y un grupo de vecinos pasaba con alimentos todos los días, porque no podíamos salir a comprar para comer. El barrio quedó cercado.

Me sentí más confiado y le pregunté: ¿Qué sentiste cuando te aplicaron la primera dosis de la vacuna?

-Fue como volver a empezar. ¡La alegría que sentí por dentro! Es que con el tema de mi edad, no podía salir a ningún lado. Soy una persona de riesgo, por eso me anoté y el turno me salió rápido. Le pedí a mi nieto que me escribiera porqué de internet no entiendo nada.

¿ Y qué pasó cuándo te aplicaron la segunda dosis?

-Llegue a mi casa más contenta que nunca. Llamé a mis hijos y les dije que vengan. No los veía hacía tiempo y tenía ganas de abrazarlos. Con la segunda dosis me sentí más fuerte.

¿Qué le podés decir a la gente para que se vacune?

Qué no sean egoístas, que se vacunen así podemos salir sin ningún problema

y con la esperanza de que todo esto va a pasar. Este virus que tanto daño nos hizo a la salud y la economía a los argentinos.

Me despido de Ofelia pensando en su consejo.

Hoy hay 36.850.139 vacunadas con la primera dosis y 30.145.220 con la segunda. Ya se empieza a hablar de la tercera para los mayores de 60 años. Esperemos que esto pase y que volvamos a tener nuestra vida con normalidad.

Todo sacrificio tiene su recompensa

Por Daniel Monzón

Los barrios cerrados del complejo carcelario de la localidad de Florencio Varela, se encuentran rodeados por muros, con garitas en todo el perímetro y con su personal vestidos de negro, que controla la armonía dentro del mismo. Armonía controlada a base de escopetazos, palazos y hacinamiento.

Varios de los habitantes, tratan de salir adelante y cambiar su vida a través del estudio. Ese es el caso de Walter que es estudiante de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata desde el año 2013. En aquel tiempo ser estudiante universitario era todo un reto, ya que tenían que luchar con la burocracia de una institución que solo pretende encerrar y no respetar los derechos. Era una odisea poder llegar al Centro Universitario, y mucho más, estudiar dentro de sus lugares de alojamiento rodeados de música, gritos, peleas y el maltrato por parte del Servicio. Gritaba por más de una hora hasta que la autoridad se dignara a darle paso para poder llegar al centro denominado "Juan Miguel Scatolini". Cuando la reja se habría, después de sacar el candado (comúnmente llamado sapo) empezaba su camino hacia su lugar de estudio. Al salir del pabellón, pasaba por la cancha que está ubicada en el medio del Penal, rodeada de todos los otros pabellones. Se ven las ventanas con antenas precarias, hechas con tapas de ollas y pedazos de metales, con los que logran ver algunos canales de aire. Ropa secándose y algún que otro interno gritando de pabellón a pabellón, pero su mente cambiaba totalmente al saber que por unas horas saldría de la realidad que se vive en esos barrios para ir al centro universitario. Se encuentra dentro de las instalaciones y cuenta con tres espacios que están destinados a las coordinaciones de las diferentes carreras, una para sala de estudio y otro para la Presidencia y Secretaría con algunas computadoras obsoletas, pero de mucha utilidad para los estudiantes. Este lugar no discrimina y está abierto para toda la población.

Al llegar, Walter dejaba de lado los gritos, la música y las peleas, para encontrarse con sus compañeros de estudio. Hay varios grupos. Algunos toman mates mientras charlan, otros preparan materias y dan clases de apoyo. La vida dentro de estos espacios escapa a la realidad que viven día a día. En ese momento el acuerdo era que para poder ir a la facultad, el requisito era aprobar satisfactoriamente las ocho materias libres y ahí empezaba otra odisea. En primer lugar los avales judiciales, para poder ser trasladados para estudiar.

El servicio siempre pone excusas para no cumplir con lo ordenado, pero siempre será una lucha hacer valer nuestros derechos.

Daniel es estudiante de la misma carrera desde el año 2018, pero estaba en otra Unidad al comenzar sus estudios universitarios. Recibió un traslado arbitrario y tuvo que pasar por tres unidades carcelarias, viviendo en pabellones de

depósito y buzones antes de llegar a Florencio Varela, y ahí poder retomar sus estudios. Muchos compañeros pasaron por la misma situación, pero la convicción de seguir con el estudio, siempre les da fuerza para seguir adelante. A él lo trasladaban junto con Walter y otros compañeros hacia La Plata. Rindió sus primeras materias en la extensión áulica de la Unidad N° 9 y ahí pudo cursar las materias que la carrera tiene de forma presencial.

Estos traslados no eran fáciles, los sacaban a la 6 de la madrugada con los que salían a comparecer. Los dejaban en la Unidad 1 de Olmos, en una leonera llena de internos de diferentes unidades, con baños totalmente saturados, llenos de humedad y suciedad, que los ubicaban en un estado de marginalidad total; para que otro móvil los lleve hasta la Unidad N° 9, y así poder cursar. Al volver era otra odisea. Los iban a buscar a las 12 de la noche y llegaban a Florencio Varela con suerte a las 2 de la madrugada. Esto era para cansarlos, para que abandonen sus carreras, pero esto no sucedió, ni va a suceder porque la lucha siempre fue acompañada por la Facultad, con el programa de acompañamiento de Educación en Cárceles, en el cual forma parte Natalia Zapata. Ella es una de las personas que acompaña los pedidos de los compañeros en los juzgados, ha visitado la unidad en varias oportunidades para asesorar y traer material de estudio.

En el 2020 las cosas se complicaron por la pandemia del COVID 19 y todos los estudiantes se encontraban desorientados. Pensaban cómo iban a poder avanzar en sus carreras o si eso iba a provocar el retraso en sus estudios. Sin embargo para los estudiantes de Periodismo fue más sencillo porque fue la primera en implementar las cursadas virtuales en el primer cuatrimestre y generar las inscripciones para seguir sumando compañeros a la carrera. Para ese momento, tanto Walter como Daniel, que se encontraban en pabellones comunes o denominados de "población", pudieron ser alojados en el Pabellón N° 11, destinado para estudiantes universitarios. Daniel empezó a desempeñar tareas dentro de la Comisión Directiva del Centro como coordinador de la carrera de Periodismo. Luego en el segundo cuatrimestre, las carreras de Abogacía y Humanidades también sumaron la modalidad virtual con varios ingresantes.

En el Centro Scatolini, Daniel les contaba a los compañeros los sacrificios que tenía que hacer para estudiar dentro de las cárceles, pero los ingresantes sólo conocían la virtualidad. En el caso de Daniel que cursaba el Taller de proyectos sonoros, desde el segundo tramo del año, la profesora Esdenka Sandoval, había planteado tener una cursada presencial y luego de varios años iba a ser la primera vez que pisaría la facultad. La profesora junto con Natalia, pusieron en marcha los trámites burocráticos para gestionar los permisos. Los días previos a la salida fueron interminables, una mezcla de sensaciones, nervios, intriga, alegría y rogar que cuando llegue el momento se den las condiciones. El día 25 de noviembre lo fueron a buscar a las 8 de la mañana para decirle que se prepare para ir a la facultad. Se le hizo un nudo en la garganta y su cara parecía que se le derretía de tantas expresiones al mismo tiempo. A las 9 de la mañana lo

sacaron del pabellón junto a Nahuel, otro compañero con el que cursaba. A las 9:30 luego de preparar un protocolo de seguridad, que incluía a 10 personas del Servicio con armamento y vestimenta como si fueran a la guerra, para llevar a dos internos. Parecía medio exagerado, pero eso no le importaba porque el objetivo era ir a cursar. Se dirigieron hacia La Plata. Sabían que iban a llegar tarde porque la cursada empezaba a las 10, y el viaje no tardaba menos de 1 hora y media.

Mientras iban en la camioneta Daniel pudo ver por la ventana todo lo que transcurría en el viaje, autos, camiones, gente en las calles. Esto no lo veía hacía años. Luego de un tiempo de viaje, Nahuel le preguntó si podía ver unas vías y Daniel respondió que sí. Ya estábamos cerca. Unos minutos después la camioneta entró a un estacionamiento lleno de autos, rodeados de árboles. Detuvo la marcha y se empezó a desplegar el operativo de seguridad. Escucharon la voz de una mujer preguntando a quienes habían traído y el personal le dijo: "A Monzón y Avilés", porque nunca dicen sus nombres, solo su apellido. Se abrió el habitáculo y Daniel por fin pudo pisar el suelo de la facultad. Respiró hondo mientras una brisa le daba en la cara y suspiró. Se sintió libre. Una sonrisa invadió su cara y a unos metros los esperaba la profesora para ingresar al establecimiento. Caminó con esposas y con consigna policial. En la entrada había varias mesas con chicas y chicos de diferentes agrupaciones. En ese momento les retiraron las esposas e ingresaron, ya completamente libres se dirigieron hacia la sala de grabación. Daniel no podía borrar la sonrisa de su cara, dejando atrás por un momento su situación de encierro. Al final de la clase y luego de hablar con la profesora, solo quedaba una sesión de fotos antes de partir. Cuando cruzaron la puerta se escuchó un fuerte aplauso, de todas las personas que estaban en las mesas. Si entre ellos había alguna rivalidad, en ese momento se juntaron para sumarse a nuestra lucha y hacernos sentir que formamos parte.

Ya dentro de la camioneta de traslado, con una satisfacción que no tenían hacía tiempo, se dirigieron hacia la Unidad. Llegaron a las 13:30. Al llegar al Centro Scatolini los recibieron y compartieron la misma alegría como si ellos también hubiesen ido. Esto les da fuerzas para que cada uno pueda pasar por esta experiencia en el futuro. La fuerza de estas personas que no se frustran ante las injusticias del Servicio Penitenciario Bonaerense. Walter, Daniel, Nahuel o cualquier estudiante universitario dentro de las cárceles, seguirán con su objetivo de cambiar sus vidas y tener una mejor posibilidad al momento de recuperar su libertad.

Por una mala decisión

El sueño que se volvió nuevamente en una pesadilla

Claudio Rubén Pereyra Cabrera

Esperaba que llegara ese día 2/12/2020 y que sean las 12:00 del mediodía, el tiempo no pasaba más. Del otro lado de la barrera esperaba mi esposa que saliera en libertad después de nueve años. Sabía que ella (María Laura) estaba muy nerviosa y que esperaba esa hora tan ansiosa, como yo, o quizás peor.

Su pelo colorado, parecía brillar más de lo normal. No podía parar de mirarla, tenía los jeans que tanto me gustan y esa blusa floreada que parece que tuviera todos los colores. Ella me miraba sabiendo que solo unos minutos nos separaban para empezar otra vez. Pasados los días me contó que jamás había pasado una alegría de ese tipo. Solo me abrazó. Con ese abrazo pude sentir lo que me quería explicar con palabras y no podía...

Tuve que firmar una docena de papeles, que están ahí hace semanas, pero te quieren seguir reteniendo para hacerte renegar un ratito más. Pura burocracia.

Comencé a caminar hacia la salida. Otra vez a la libertad. Iba a poder disfrutar días enteros y no sólo de los horarios de visita con mi esposa. Y saber que alguien te espera es muy gratificante. Parecía que caminaba para atrás, esa maldita barrera estaba más lejos de lo que siempre la veía. Llegué y mi esposa me esperaba. La quise abrazar pero me tenía apretando tan fuerte, que con ése abrazo dejó al descubierto todo lo que me necesito en estos años.

Comenzamos a caminar hacía la parada de colectivo, paramos en un kiosquito que está unos metros y recuerdo que quise tomar una latita de Speed y ella un agua mineral. Esperamos que llegara el colectivo. Cuando llegó, nos subimos y ella sacó pasaje. Después de media hora, al bajar, lo primero que vi fue una plaza enorme con gente caminando en todas las direcciones. Nos fuimos a la otra parte de la plaza y me relaje un poco más. Compramos una cerveza y charlamos mucho y de todo un poco. Era feliz otra vez con mi familia. Volvimos a la parada del colectivo para ir a casa, en Los Hornos. Llegamos. ¡Qué lindo ver otra vez mi casa y ver la cara de alegría a mí señora! Era lo mejor que mis ojos podían ver. Juntos y en libertad, yo no sabía qué hacer...

Al otro día salí con María Laura, fui a Morón donde tengo a mi familia, mis casas. Hacía muchos años que los veía y los extrañaba mucho. Recuerdo que quise sacarnos una foto para tener un recuerdo de la primera salida.

Al llegar vi que mi barrio había cambiado. Los árboles más grandes, eran gigantes. Mi abuela Emma estaba tan viejita, no lo podía creer.

Porque en los nueve años que pague a la justicia, asesinaron a mi papá de un tiro para robarle el remis y a causa de esa desgracia se enfermó mi mamá y fa-

llegó de tristeza. La justicia no me permitió estar en sus velatorios. Pero tenía que estar fuerte para todo lo que tenía que hacer. La prioridad era saludar a mi familia. Ellos viven todos cerca. Estar juntos era algo inexplicable. Pasaron las horas y éramos felices juntos.

Empezaron a pasar los días y yo no podía conseguir trabajo, creo que tampoco lo busqué y empecé a buscar a gente que andaba en el delito y empecé a robar otra vez.

No tan seguido como antes y eso me hizo creer que no estaba haciendo mal las cosas. Que las tenía controladas. Éramos cuatro los que andábamos robando con una chica de 19 o 20 años. Robábamos cosas en pleno centro de algún lugar del conurbano. Robamos una joyería un sábado a las 4:30 de la tarde, una locura, con tres empleados de rehén. Siempre estuvimos comunicados con Nicolás, él era el que nos tenía al tanto de las cosas que estaban pasando afuera.

Kevin me pregunta: ¿qué dice la camioneta? Quiere saber qué pasa afuera. Yo le respondo trabaja tranquilo y apurate así salimos de acá ya...

Los gritos entre nosotros pone más nerviosos a los empleados y facilita un poco las cosas. Las cajas fuertes las encontramos abiertas. Forzamos las vitrinas y nos llevamos todo lo que pudimos en tres minutos, casi todo menos las cosas de la vidriera porque sí no nos podían ver desde la vereda. Recuerdo que la chica tenía una ametralladora, un Kevin una pistola 9 mm y Nicolás que estaba arriba de la camioneta tenía otra pistola 9 mm.

Salimos con todo lo que pudimos sin importar semáforos ni nada. Teníamos que llegar rápido a destino para prender fuego la camioneta que había quedado filmada. Seguro que la policía nos iba a encontrar. Teníamos que borrar las huellas.

La chica, -no digo su nombre porque ella está en libertad-, Kevin, Nicolás y yo estamos presos otra vez. Kevin y Nicolás cayeron en Capital Federal una semana después.

Continúe con esto porque las cosas iban saliendo bien y te empiezan a buscar para otros trabajos. Sin darme cuenta ya estaba otra vez en el delito al 100%. Me dedicaba a estar una semana en el Oeste y otra en zona Norte.

Después volvía para La Plata con mi señora, que no estaba para nada de acuerdo con lo que hacía, así que discutimos y peleamos. Me volví a Morón y empecé a encuadrar cosas para hacer y seguí robando. Tuve que juntarme con otros pibes porque mis compañeros ya no estaban disponibles.

No era lo mismo. No quería parar, tenía cada vez más plata, pero todo tiene un final y en este caso no fue precisamente bueno.

Recuerdo ese día, me desperté alrededor de las 10:00 de la mañana, comí milanesas con puré en la casa de mi abuelay me pasaron a buscar unos compa-

ñeros a la 13:30. Salimos a dar una vuelta y vimos un Outlet (casa de deporte). Bajamos. Ese día éramos tres. El chico que manejaba y otra compañera. Ella entró primero. Miró todo. Me hizo señas y entré al comercio. Sacamos las armas y empezamos hacer lo nuestro. ¡Que se tiren al piso!, grité primero, ¡Que los íbamos a matar a todos! (eso se dice pero uno va a robar, no a matar). Agarre al dueño del negocio y lo llevé al lado de la caja registradora y le dije que me de toda la plata. Sacó plata de un lugar que no sabía que había, mientras que mi compañera le hacía cargar en bolsas de consorcio conjuntos deportivos, camisetas de fútbol, camperas y remeras. Ella me miró como diciendo: vamos a encerrarlos y le respondí que sí. Los llevamos a un depósito chiquito que estaba muy oscuro, que se cerraba con una soga, pero como el nudo quedaba del lado de afuera era ideal para darnos el tiempo para irnos. Ya teníamos todo en nuestro poder: la plata y mucha indumentaria deportiva, cuando de repente escucho: "alto policía" y tenía a un efectivo en la salida. Yo tenía mi arma escondida en una de las bolsas, pero no tenía tiempo de sacarla y menos mal, porque me mataba en el intento.

En la avenida había tránsito y circulaban muchas personas, no podía salir con el arma en la mano. El policía me volvió a decir que me quede quieto, que no me mueva. Es cuando le digo a mi compañera: "lo distraigo y vos andate, dale, dale, andate vos".

Le digo al efectivo "que te quieres hacer matar la concha de tu madre, rescatate que mis compañeros están ahí afuera y ellos te están apuntando a vos", -esto era mentira porque el auto nos estaba esperando a la vuelta-. El me volvió a decir "quédate quieto" y aproveche para acercarme y me tire encima. Forcejamos y mi compañera se dio a la fuga corriendo. El logró ponerme una esposa en una mano y la otra se la puso en su muñeca. El apoyo venía en camino. No tardó en llenarse de patrulleros y a mí compañera la agarraron en la esquina. Yo estaba preso otra vez, después de 70 días de haber recuperado mi libertad. Otra vez en un calabozo húmedo y me pegaron tres días seguidos por haber lastimado a un policía.